

DESCALZOS LOS  
pies, raído su  
manto, sabias  
sus palabras.  
Imágenes de  
1970 en la Sierra  
Mazateca



# SANTIDAD Y SUFRIMIENTO

por FERNANDO BENÍTEZ / agosto de 1970

María Sabina es una mujer extraordinaria. Como a otros mexicanos notables, el reconocimiento no le ha venido de su patria, sino del extranjero.

Roger Heim habla de la "personalidad poderosa" de María Sabina, y Gordon Wasson, su descubridor, la llama señora y en su primer encuentro escribe de ella: "La señora está en la plenitud de su poder y se comprende fácilmente por qué Guadalupe [mujer del síndico Cayetano García] nos dijo que era una señora sin mancha, inmaculada, pues ella sola había logrado salvar a sus hijos de todas las espantables enfermedades que se abaten sobre la infancia en el país mazateco, y que nunca se había deshonrado utilizando su poder con fines malévolos... nosotros hemos comprobado que se trata de una mujer de rara moral y de una espiritualidad elevada al consagrarse a su vocación, y una artista que domina las técnicas a su cargo. Se trata verdaderamente de una personalidad".

Por desgracia, el hecho de que María hable exclusivamente mazateco me ha impedido conocerla en toda su riqueza y su profundidad espirituales. No sin vencer una vieja desconfianza, accedí a contarme su vida en tres sesiones, y aunque tenía como traductora a la inteligente profesora Herlinda y esta mujer, nativa de Huautla, habla a la perfección el mazateco, pronto se reveló que no sólo era incapaz de traducir el pensamiento poético de María, sino que deformaba el sentido y la originalidad de su relato al pasarlo por el filtro de otra cultura y de otra sensibilidad.

Acompañada de su nieta o de un nietecito, María Sabina bajaba siempre por el cerro donde se apoya el hotel, lo cual me daba la impresión de que venía volando desde su remota cabaña. Descendía literalmente del tejado, desdeñando la puerta y la escalera, y como sus pies descalzos no hacían el menor ruido al pisar las tablas del corredor y se aparecía de pronto, sin anunciarse, de un modo enteramente fantasmal, no dejaba nunca de sorprenderme cuando decía cerca de mi oído con una voz muy suave: —Dali.

Su bisabuelo Pedro Feliciano, su abuelo Juan Feliciano y su padre Santos Feliciano, fueron curanderos. No conoció a ninguno de los tres —el padre desapareció joven, cuando María tenía cuatro años— de manera que no pudo aprovechar los conocimientos y las experiencias de sus antepasados.

La familia quedó muy pobre y la niña María Sabina, con su hermana mayor María Ana, debía pastorear un rebaño de cabras. El hambre las hacía buscar los muchos hongos que crecen en las faldas de los cerros y se los comían crudos, fueran comunes o alucinantes. Embriagadas, las dos niñas se hincaban y llorando le pedían al sol que las ayudara.

María, dejando la silla en que está sentada, se arrodilla en medio de la habitación y juntando las manos principia a orar fervorosamente. Se da cuenta de que las palabras son insuficientes y recurre a la acción para que yo tenga una idea precisa de lo que significó su encuentro con los hongos y el estado de religiosa inspiración en que

la sumieron. Su rostro expresivo se ilumina reflejando la luz misteriosa de aquella primera embriaguez tan lejana en el tiempo y aún tan viva en su memoria.

—¿Por qué lloraba? —le pregunto.

—Lloraba de sentimiento. Lloraba al pensar en su miseria y en su desamparo.

—¿A partir de entonces comía hongos con frecuencia?

—Sí. Los hongos le daban valor para crecer, para luchar, para soportar las penas de la vida.

Tenía seis o siete años y ya cultivaba con un azadón la tierra de su padre, hilaba el algodón, tejía sus huipiles. Más tarde, aprendió a bordar, acarrea leña y agua, vendía telas o las cambiaba por gallinas, ayudaba a moler el maíz y a buscar hongos y yerbas en el campo, es decir, trabajaba como todas las niñas indias levantándose antes del amanecer y no descansando un momento hasta la hora de acostarse. A los catorce años la pidió en casamiento Serapio Martínez, un mercader ambulante que viajaba a Tecomavaca, a Tehuacán, a Córdoba, a Orizaba, cargando ollas, ropa y manta. En uno de esos viajes se lo llevaron a pelear los carrancistas o los zapatistas, no lo sabe bien, y volvió ocho meses después

"Dali, dali", repite ella con dulzura.

Una mujer sin mancha y dos maridos arrebatados por la muerte. La niña pastoreaba cabras, una tarde, cuando el hambre la hizo descubrir la magia de los hongos. El país mazateco, la miseria y el desamparo. "Sufro mucho, mucho he sufrido". Una viudez de trece años. El brujo infiel, muerto a palos. Tres clases de hongos usa esta *cotacine*



**Un luto de cuarenta días, vivió trece años de viudez en fincas cafetaleras. "Estaba cansada, muy fatigada", cuando saltó la brutalidad de Marcial. Los secretos de las cosas, el futuro en las retinas**

terciado de cartucheras, trayendo caballo y carabina, porque fue soldado valiente. María le dijo: —Ya deja las armas. Sufro mucho y es necesario que vivas conmigo. Serapio desertó. Anduvo comerciando fuera algún tiempo y la visitaba a escondidas. Nunca, en sus tiempos de comerciante o de soldado, se olvidó de enviarle algún dinero. María, por su parte, siguió trabajando y ayudando a los gastos de la casa. Esta unión —los indios no se casaban entonces— duró seis años. Serapio contrajo la influenza española y agonizó diez días echado en un petate. En vano lo asistieron los mejores curanderos de Huautla. El muchacho "estaba como loco" y dos días antes de morir, los brujos sentenciaron: "No tiene remedio. Perderás a tu marido". Pasados los cuarenta días de luto oficial mazateco, María volvió a cultivar la tierra y a ocuparse de los tres hijos tenidos en su matrimonio: Catarino, María Herlinda y María Polonia. Naturalmente comió

hongos para que le dieran conformidad y fuerzas para sostener a sus hijos. Vivió trece años viuda, cortando café en las fincas, bordando huipiles, realizando pequeños negocios. De tarde en tarde recurría a los hongos, pero a medida que su vida mejoraba y sus hijos crecían, terminó por olvidarlos. Concluido ese largo periodo de soledad —"aquí vivimos como monjas", aclara la profesora Herlinda—, la pidió un hombre llamado Marcial Calvo, brujo de profesión, y tuvo con él seis hijos.

—¿Qué diferencia hay entre un brujo como Marcial y una curandera como María Sabina? —le pregunté a Herlinda.

—Yo adivino —responde María excitada—. Llego a un lugar donde están los muertos y si veo al enfermo tendido y a la gente llorando, siento que se acerca una pena. Otras veces, veo jardines y niños y siento que el enfermo se alivia y las desgracias se van. Cantando adivino todo lo que va a pasar. El brujo, rezando, ahuyenta a los malos espíritus y cura por medio de ofrendas. Yo nunca comí hongos durante los doce años que duró nuestro matrimonio porque me acostaba con él, y como tenía otro modo de curar, siempre le oculté mi "ciencia".

Marcial, aparte de ser brujo, era un mal hombre. La costumbre de beber aguardiente como una práctica asociada a su profesión, había hecho de él un ebrio.

**MEDICINA MÁGICA**

Casi no daba dinero y golpeaba a los niños y a su mujer, aunque estuviera embarazada. Del relato de María surge con frecuencia la palabra que ya otras muchas veces he oído en boca de los indios: sufrimiento. "Sufrí mucho; sufrí demasiado", dice resumiendo las diferentes etapas de su vida.

Su iniciación en la medicina mágica ocurrió durante los últimos años de su matrimonio, cuando enferma-

ron dos ancianos conocidos suyos que según la costumbre recurrieron a los servicios profesionales de Marcial. De nada valieron huevos, yerbas y oraciones. Empeoraban diariamente y hubieran muerto si María no interviene devolviéndoles la salud.

—¿De qué manera los sanó?

—Comiendo hongos. Cantando. Invocando a Dios Espíritu Santo, a San Pedro, a San Pablo, a todos los santos del cielo.

Marcial, al descubrir que María comía hongos y era una curandera dotada de fuerzas superiores a las suyas, se encolerizó y delante de los viejos le pegó a su mujer.

—María Santísima, sangré —exclama con los ojos relampagueantes de cólera.

"Estaba muy cansada, muy fatigada." La brutalidad de Marcial determinó que poco a poco lo "desechara", según la versión de Herlinda. Marcial "se metió" entonces con cierta mujer casada, vecina de María, que tenía hijos grandes, y una noche el marido y los hijos le quebraron a palos la cabeza. María oyó los gritos. Sin embargo, no pensó en Marcial y sólo al día siguiente fue que lo halló muerto en el camino. El marido engañado, con sus hijos, abandonó a la adúltera, que hasta la fecha vive solitaria en Barranca Seca.

Hace veinte años murió el brujo Marcial. Veinte años que María ha vivido intensamente dedicada a la doble tarea de hacerse de una reputación como cotacine, "la que sabe", y de sostener a su familia cada vez más numerosa. Al principio las cosas fueron difíciles. Debía mantener a sus diez hijos —de ellos viven siete en la actualidad— y a su hermana María Ana, ayudándose con el azadón, el bordado, los cerdos y las gallinas o vendiendo aguardiente y comida a los viajeros que transitan por el camino real donde siempre ha tenido su casa.



UNA CEREMONIA de rezos y alucinación, los forasteros en trance después de la ingestión de hongos. La colecta, a su hora y en su tiempo



El largo periodo de viudez lo ha pasado sola, no porque pensara mal de los hombres, sino porque teniendo tantos hijos no quiso volver a casarse, y una vez que principió a trabajar con los hongos, los hombres dejaron de interesarle.

Sus primeros pacientes fueron los viejos que estaban para morir. El haberlos sanado le abrió un nuevo camino, pero no había perdido la fe en los curanderos y tenía miedo de curar a través de los hongos sagrados.

Lo que la resolvió a emplearlos nuevamente fue la suma gravedad en que se vio su hermana María Ana. Estando sentada o comiendo, de pronto "se ponía morada", apretaba las manos y se caía al suelo. Los brujos habían agotado con ella sus remedios y María pensó que si tomaba una gran cantidad de hongos podría ver la enfermedad y curarla.

Tomó en aquella ocasión treinta pares, y hallándose en el trance se le acercó un espíritu con un libro en las manos que le dijo: "Aquí te entrego este libro para que puedas trabajar".

Ella era incapaz de leer el libro, porque no tuvo oportunidad de ir a la escuela, pero le fue dado el don de conocer los secretos de las cosas y de adivinar el futuro "como si estuviera leyendo un libro". Debido a su fuerza mágica, los huevos que los brujos habían enterrado en lugares desconocidos del cuarto donde se hallaba su hermana, se desenterraban solos, venían a sus manos, y María sin volverse los tiraba al suelo, sabiendo así que la enfermedad no necesitaba los huevos y bastaba con el poder de los hongos. Cuando María volvió en sí y vio los cascarrones de los huevos rotos comprendió que se trataba de una realidad y no de una alucinación provocada por los hongos.

Después de la milagrosa curación de la hermana, María comenzó a ejercer su profesión de curandera y a ganarse la confianza de la gente. Abandonó el azadón y no volvió a cortar café. Su vida mejoraba sensiblemente. Atendía a las parturientas, a los hombres que tenían un frío o un calor en el cuerpo; le devolvía el alma a los que la perdían por haberse asustado y ahuyentaba los malos espíritus.

En sus curaciones, María siempre ha usado exclusivamente tres clases de hongos: el llamado Pajarito, el San Isidro y el Desbarrancadero. El Desbarrancadero se encuentra en el bagazo de la caña de azúcar, el San Isidro en el estiércol y el Pajarito brota de preferencia al cobijo de los maizales o de las plantas que tapizan las húmedas faldas de los montes.

Una escena ocurrida entre María Sabina y su hijo Aurelio la segunda vez que Wasson tomó los hongos, podría ilustrarnos acerca de la idea que María se ha formado del poder adivinatorio de los hongos. Escribe Wasson: "...la conducta de María fue en esta ocasión muy diferente... Ni danza ni elocución percutiva. Sólo tres o cuatro indios se hallaban con nosotros y la señora llevó con ella no a su hija, sino a su hijo Aurelio, un muchacho menor de veinte años y que parecía enfermo o anormal. Fue el hijo, y no nosotros, el objeto de su atención. A lo largo de la noche, su canto y sus palabras se dirigieron a ese muchacho como la expresión dramática, lírica, siempre conmovedora, del amor de una madre por su hijo. La ternura que impregnaba su voz mientras cantaba y hablaba, sus gestos cuando se apoyaba afectuosamente sobre Aurelio, nos agitaron hondamente. Extranjeros, nos habríamos sentido muy incómodos ante esta escena si no viéramos en la actitud de la curandera, poseída por los hongos, un símbolo de amor maternal más que el grito angustiado de una madre. Esta expansión sin trabas desencadenada verdaderamente por los hongos sagrados, era de tal calidad que pocos etnólogos podrían llegar a percibir".

Al entrevistar a María Sabina, como sabía que su hijo había muerto trágicamente, le pregunté si su actitud

de esa noche obedeció a que ella presentía la próxima desaparición de Aurelio.

—Aurelio estaba triste —explicó María—. Esa noche me había dicho: "María, sé que me voy a perder". No digas eso —le contesté, pero yo sabía que venía una desgracia y no podía detenerla.

—Después de la velada a que se refiere el señor Wasson, tomé hongos con mi hijo Aurelio y un amigo nuestro llamado Agustín. Cuando estaba en el éxtasis, apareció un hombre llevando enrollada una piel de toro podrida y gritó con voz espantosa: "Con éste son cuatro los hombres que he matado". —¿Oíste, Agustín, lo que dijo ese hombre? —le pregunté a nuestro amigo—. ¿Lo has visto? "Sí, lo vi" —me contestó—. "Es uno de los Dolores." [Dolores se llamaba la madre del asesino.]

—Mi hijo Aurelio murió a los quince días. El Dolores, borracho, pasó corriendo por el patio y le clavó un cuchillo.

—¿Por qué lo mató? Debe haber una razón.

Herlinda se encargó de responderme:

—Aurelio era comerciante y el Dolores le debía cincuenta pesos.

Tal vez por eso lo mató.

El éxtasis lo interrumpe bruscamente María Sabina pronunciando repetidamente el nombre de sus clientes. En este caso, mi nombre: "Fernando, Fernando, Fernando".

La profesora Herlinda intervino:

—Es necesario contestarle "aquí estoy".

Hice un esfuerzo sobrehumano y respondí confuso:

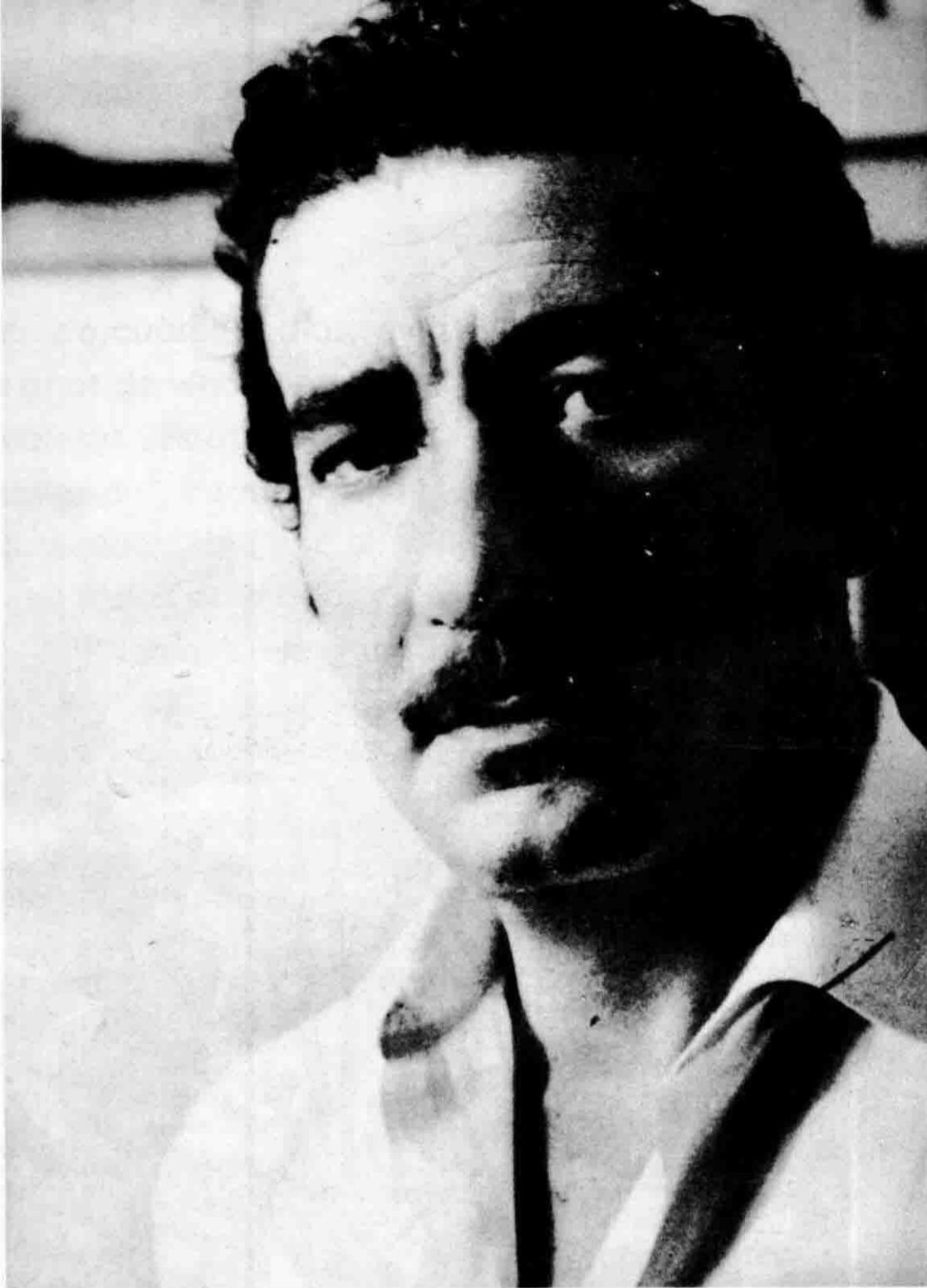
—Aquí estoy.

Pienso ahora que es cruel arrancar a los embriagados de su trance, pero este llamado forma parte de la técnica de María, es un paso del ritual que tiene posiblemente como objetivo interrumpir la cadena de los desdoblamientos y devolverle al paciente la conciencia de su personalidad.

Otras veces los llamados son menos personales aunque igualmente efectivos. Existe una deliberada voluntad de romper la secuencia del cántico, de mantener alerta al paciente o de impedir que su ser permanezca largo tiempo en una parte del delirio hecha de reminiscencias vergonzosas y de espantables metamorfosis. María cambia el tono, introduce cierto desorden, una complicación no prevista, una insistencia desagradable, lo que equivale a pasar de un extremo a otro del éxtasis, a vivir en la eternidad.

Chamana mazateca, originaria de Huautla de Jiménez, Oaxaca, y fallecida a los 87 años de edad en 1985. Su nombre era María Magdalena Sabina García. Heredó de sus antepasados los conocimientos sobre medicina tradicional y curación mediante hongos alucinógenos, gracias a los cuales se convirtió en una afamada sacerdotisa que guiaba a quienes consumían hongos por motivos terapéuticos o antropológicos. Su fama trascendió las fronteras de México y constantemente recibía en su modesta casa de Huautla las visitas de estudiosos e interesados en el llamado *teonanácatl*.

ARRANCADO DE su paisaje feraz, el poeta reflejaba en la mirada aquella herida de 1959. Y son los tiempos en que la gloria efímera del primer libro publicado era compartida por colegas, como Efraín Huerta y Juan Rulfo, que flanquean al poeta



Cinco minutos antes de la hora fijada para la entrevista aparece Jaime Sabines acompañado por su hijo Julio. Me explica que esa oficina es de su hermano Juan, ausente por ahora de la ciudad. Pasamos a un privado hecho de ventanales. Desde allí se contempla la Plaza de la Cibeles y al fondo la ciudad inmensa que a la distancia toca el cielo.

Por gentileza, Sabines recuerda nuestras conversaciones anteriores. Le menciono que él es la única persona a quien oí referirse a la alborada.

—¿Yo dije esa palabra? Qué curioso, porque es una de las palabras que me avergüenzan y que está presente en la poesía tradicional, en la poesía modernista donde siempre se habla de cisnes y cosas cursis. Por eso antes de escribir mi primer libro dije: "Asesinemos a las rosas", una frase que equivalía a torcerle otra vez el cuello al cisne.

—Y usted mató las rosas haciendo una poesía de lo cotidiano donde la primera persona es también un "tú" cómplice.

—Esa primera persona soy yo y supongo que también cualquier hombre por el que tomo la palabra.

—¿Con qué derecho?

—¿Cómo que con qué derecho? Con todos y con ninguno. La poesía no es más que un testimonio del hombre, de sus días sobre la tierra.

—Su rechazo a la poesía modernista ¿es una declaración de principios?

—Es una declaración de independencia, de libertad.

—Lo hemos oído referirse a la muerte del mayor Sabines. Me gustaría que hablara de la vida del mayor Sabines.

—Si he hablado de mi padre no ha sido sólo para

halagarlo, ya muerto. Me referí a él porque influyó muchísimo en nuestra vida, fue un gran instrumento de la cultura oral que atravesó los siglos antes de la escritura.

—Mi padre llegó a Chiapas en 1914, como capitán primero de la división de Jesús Castro. Era carrancista. Un año después se casó con doña Luz, mi madre. Ella era de la alta sociedad, nieta del héroe epónimo de Tuxtla: mi bisabuelo, Joaquín Miguel Gutiérrez, juarista, liberal, gobernador del estado. En su honor Tuxtla lleva su apellido. Doña Luz también influyó mucho en nosotros, pero de una manera distinta: heredándonos simplemente el orgullo de ser, de ser hombres.

—Dice usted que su padre era un gran narrador, ¿qué le contaba?

—La historia de *Antar*, que es el *Mío Cid* del Oriente; también capítulos de *Las mil y una noches*. Recuerdo que mientras cenábamos o después mi padre nos refería alguna historia. Fascinados por su relato íbamos tras él por el corredor, hacia su recámara, donde dormíamos todos. El viejo era muy hábil: siempre procuraba dejarnos en suspenso, así que todos esperábamos que llegara la noche para oír el desenlace de sus historias.

—¿Cómo eran sus días allá en Tuxtla Gutiérrez?

—Simples. Trabajábamos en La Lomita, un rancho donde sembrábamos hortalizas, sacábamos agua del pozo o de un tanquecito que el viejo construyó. Regábamos las plantas de una manera primitiva. Entre todos lo hacíamos todo. Una de las cosas que más admiro de mi padre es que fue como Adán: trabajó como si hubiera sido el primer hombre sobre la tierra. Nos levantábamos muy temprano, pero a distintas horas, según la edad: a Juan, el

mayor, le correspondía ordeñar a las cuatro y media de la mañana. Luego se levantaba Jorge y al final yo, por ser el más chico.

—¿Cuánto tiempo permaneció en La Lomita?

—Cuatro años. Mi padre vendió el rancho, cosa que fue un error, y vinimos a esta horrible ciudad llena de malas influencias y malos criterios.

—Para ustedes debió ser muy duro dejar aquella tierra, que de alguna manera asoció al rumor del viento y del agua...

—Oye, ya te estás imaginando cosas y quieres convertirme en el personaje de tu historia. Salimos de la tierra entonces, pero nunca la hemos abandonado. Volvemos todo el tiempo, siempre. Fijate, vendimos el rancho en 1939 y treinta años después mi hermano Juan y yo llegamos al Hotel Bonampak, contruido precisamente enfrente de donde estuvo La Lomita. Todo había cambiado, sin embargo decidimos ir a buscar las huellas de nuestra casa, el brocal del pozo, el cocotero. No encontramos más que huellas muy vagas: el pozo estaba tapado y del cocotero y los árboles no quedaba siquiera la sombra. Todo eso lo he dicho en el poema a la muerte del mayor Sabines.

—Se escribe, entre otras cosas, para retener, para reconstruir.

—La escritura es un receso para que la vida no se nos desvanezca, es una forma de sobrevivencia. Pero yo no pienso en la literatura ni en nada más que en vivir. Ahora sólo pienso en estar en este día. ¿Por qué? Porque en el presente se aglomeran el pasado y el porvenir. No quieras verme como un "poeta". Soy simplemente un hombre que tiene lo que le da la vida: alegrías, esperanzas, dolores, amor. Me da lo mismo que le da a todo el mundo. Con esto quiero decirte que no hay diferencia entre el poeta y el hombre común. Lo que sucede es que el poeta está más desnudo, tiene un poco menos piel que el resto de los hombres.

—¿Nunca ha dudado de que es un poeta?

—Jamás. Lo soy porque escribo, porque siento la necesidad y el impulso de hacerlo. He escrito siempre, desde muy joven, y ya entonces tenía una feroz autocritica. "Esto no sirve, esto es una porquería", y tiraba hojas y hojas y más hojas escritas.

—Para usted ¿qué es la literatura?

—Nada. Puede ser un oficio pero también una desocupación. La poesía es otra cosa: es un destino. Es algo que se hace fundamentalmente con palabras, con emociones, con sentimientos.

—¿Cómo escribe?

—Siempre en libretas, a mano, generalmente acostado. Sale la primera línea y en seguida vienen las demás.

—Tiene fama de ser magnífico lector en voz alta de su poesía.

—Es algo que aprendí a hacer de niño. A los siete u ocho años, cuando iban visitas a la casa, mi madre me llamaba para que les declamara alguna cosa. Recuerdo un poema que decía: *Suspira el viento goloso en el seno de la tarde...* Luego me aprendí toda la historia de México en verso. Lo leí en mi libro de cuarto año. Memorizar los nombres de los reyes chichimecas fue una hazaña.

# NADA IMPORTA

por CRISTINA PACHECO / abril de 1982

—No puedo imaginarlo cuando niño.  
 —Fui como todos: jugador de trompo, canicas, basquetbol. Mi mayor placer era irme al río Sabinal a nadar. Es un río con buena cantidad de agua, con pozas. Nadaba un rato y luego me iba a descansar bajo los árboles. Por culpa de ese río estuve a punto de reprobarme el sexto año de primaria: me iba siempre de pinta. En fin, fui un niño como todos pero además memorioso.  
 —En 1950 publicó usted su primer libro, *Horas*. ¿Cómo lo juzga desde la perspectiva de estos treinta y cuatro años transcurridos?  
 —Lo veo con cariño, por su ingenuidad y su frescura. Antes de publicar *Horas* yo había escrito durante cinco o seis años. En ese tiempo produje una gran cantidad de poemas que destruí porque los juzgué malos.  
 —Entre su primer y su segundo libro, *La señal*, transcurrió apenas un año.  
 —Es que iba yo como una flecha. Tres años no dejé de escribir ni un momento. Mi trauma, mi silencio empieza en 1953: ese año me casé, no podíamos sobrevivir aquí y tuve que regresar a Chiapas. Mi hermano había sido electo diputado y me dejó su negocio: una tiendita que se llamaba El Modelo.  
 —¿Su trauma se debió a que volvía a la vida limitada de la provincia?  
 —No, carajo, no: se debía a todo. Yo ya había escrito *Horas*, *La señal*, *Adán y Eva*. Era un poeta y sin embargo cada mañana tenía que levantar cuatro chingadas cortinas de acero y barrer la calle por donde la gente pasaba tirando basura. Era un poeta, pero tenía que ponerme a vender metros de manta o delantales o no sé qué carajos. Soy poeta y entro a formar parte de los ladrones autorizados: los comerciantes. Y eso me hace sentir humillado y ofendido.  
 —Esas labores cotidianas, domésticas —quizá a veces humillantes— pueden enseñarnos también muchas cosas válidas para la escritura.  
 —No hagamos literatura: barrer la calle es barrer la calle y punto. Ahora reconozco que esos años terribles me enseñaron dos cosas: humildad, a ser cualquier gente, aunque en el fondo supiera que yo era antes que nada un poeta. Después de dos o tres años comencé a ser humilde, a decirme “que chingue a su madre el poeta”.  
 —¿Dejó de escribir?  
 —No, al contrario. De esa época es mi poema *Tarumba*, que es el canto de la rebeldía, la protesta del hombre contra su ambiente, contra la conducta social, contra todas las cosas. *Tarumba* lo dice: *Yo soy la resistencia*. ¿Quién es *Tarumba*? Mi otro yo. Recuerdo aquella época y me gusta, volvería a vivirla aunque haya sido de mucho dolor y mucha angustia.  
 —*Tarumba* es el reencuentro con su tierra, el *Diario* semanario es la reconciliación con la ciudad de México.  
 —Sí, es de 1960. Por fin vendimos la tienda y en 1959 los viejos y nosotros nos venimos a México, donde mi hermano instaló un negocio de alimento para animales. Inmediatamente comencé a trabajar en ella.

—Y de la muerte, con la que usted tiene una relación muy especial.  
 —Es cierto. En los primeros años pensé con frecuencia en el suicidio, me obsesionaba, quería saber si en un caso dado iba a ser capaz de lastimarme, de quitarme la vida. Al fin un día me abrí la piel con una navaja. Brotó la sangre, la ví correr unos segundos y al fin cubrí la herida. En ese momento, después de esa sangría espiritual, cuando supe que era capaz de atentar contra mi propio cuerpo, pensé: “Que chingue a su madre el suicidio”. El hecho de saber que era capaz de dañarme me reconcilié con la vida. Ya no tenía que probarme nada. Entonces decidí esperar la hora de mi muerte, que es una fecha necesaria. Luego, con el matrimonio, los hijos, el amor de todos los días, ya no pensé en el suicidio.  
 —En uno de sus poemas habla al mismo tiempo de “los burdeles y las bibliotecas”.  
 —Los burdeles... De las bibliotecas y los cuartos cerrados me desaparezo, no los conozco. En mi casa no tengo biblioteca.  
 —¿Qué espacio ocupan los libros en su ambiente cotidiano?  
 —No mucho. En mi buró tengo siempre dos o tres libros diferentes, pero casi nunca son de poesía. Ahora estoy leyendo a Hemingway, mañana no sé qué leeré. El único libro que me ha durado por muchos años es *La Biblia*, pero no la católica —que es abominable— sino la traducida por Casiodoro Reina y Cipriano de Valera. En ella leo el *Eclesiastés*, leo a Job y a Ezequiel, a Isaías, que habla del dolor y la impotencia humanas. En *La Biblia* no busqué sabiduría sino consuelo, solidaridad. Fue mi padre quien me descubrió *La Biblia*, fue él a quien primero oí decir: “Recuerden que todo es vanidad de vanidades, que polvo somos y en polvo nos convertiremos”. Es cierto: nada importa.  
 —Así que no le importa la fama.  
 —La fama, como decía Baudelaire, tiene una larga

La escritura es una forma de sobrevivencia. El poeta, un hombre común, pero desnudo. “He vivido todo lo que escribo”. Publicar un libro es tirar un lastre. Años en la tiendita El Modelo. “Tender un puente de hombre a hombre”. Una escoba para el poeta

trompeta prostituida, ¿de qué sirve la fama cuando uno ha muerto? De nada.  
 —¿Cuándo tuvo su primera visión de la muerte?  
 —Hace mucho, en 1945: mi amigo Tony Borges se estrelló en el Iztaccíhuatl con su avioneta. Me llamaron para que identificara su cadáver. Cuando llegué allí me negué a aceptar que ése, o mejor dicho eso, fuera mi amigo: todo era desperdicio, porquería. Sin embargo, eran sus restos. Eso es la muerte: porquería, nada. A esa hora, ¿de qué le habría servido a mi amigo la fama? De nada. Y allí, en el volcán, la muerte comenzó a aplastarme.  
 —¿Comenzó?  
 —Sí, sigue haciéndolo, nunca me ha dejado: después de mi padre murió mi madre, luego mi hijo. Hace quince años que la muerte no se da cuenta de que existe. Dejémosla así. Lo demás son puterías.  
 —¿Qué hay en su presente?  
 —¿Qué puede haber? Gallinas, gallos, gansos, dos chivitas y el viento. Es un cabrón el viento. Lo sé porque lo conozco.

Nacido en Tuxtla Gutiérrez, Chis., el 25 de marzo de 1926. Cursó tres años de la carrera de medicina. Es licenciado en lenguas y literatura españolas (1949) e hizo estudios en posgrado en la UNAM. Dedicado a la actividad comercial en Chiapas (1952-59), fue becario del Centro Mexicano de Escritores (1964-65). Diputado federal por Chiapas (1976-79) y por el DF (1988). Autor de *Horas* (1950), *La señal* (1951), *Adán y Eva* (1952), *Tarumba* (1956), *Diario* semanario y poemas en prosa (1961), *Poemas sueltos* (1962), *Yuria* (1967), *Maltiplo* (1972), *Algo sobre la muerte del mayor Sabines* (1973), *Otros poemas sueltos* (1937-77), *Recuento de poemas* (tercera edición en 1987, recopilación de su obra). Su poesía se ha traducido a una docena de lenguas. Ha recibido el Premio Chiapas (1959), el Xavier Villaurrutia (1972), el Elías Sourasky (1982) y el Nacional de Letras (1983).



ANTES Y DESPUÉS,  
el 4 y el 14 de  
agosto de 1981,  
son fechas que  
el campeón  
recordaría con  
satisfacción.  
En México se  
despedía de sus  
admiradores, y  
en España  
posaba al  
estrenar su  
uniforme del  
Atlético de  
Madrid



# CONQUISTAR ESPAÑA... CON GOLES

por ANNE MARIE MERGIER / junio de 1987

**N** un día en la vida de Hugo Sánchez... La idea lo divierte. Sonríe pensativo. Es algo diferente, dice, pero yo llevo una vida sencilla. Realmente muy sencilla ¿Qué tanto habrá que decir sobre ella? Otra sonrisa, más pensativa aún.

Es Semana Santa. Debería haber sol en Madrid. Pero no hay. Al contrario. Caen granizos y sopla un viento helado.

—¿Un día cualquiera?

—Un día cualquiera...

—Vale.

La casa es como las que se ven en las revistas: amplia, elegante, de dos pisos, con un jardín lleno de flores adelante y atrás el patio con una piscina chiquita, en forma de corazón, azul. Dos boxers jugueteros cuidan la puerta y se niegan a entender que existe una diferencia fundamental entre un hueso y una grabadora.

Madrid está lejos, a unos 15 ó 20 kilómetros. Aquí es casi el campo.

La primera en salir de casa es Emma. Toma y da clases de gimnasia cada mañana. Desaparece en su Opel blanco. Los dos Hugos no tardan en irse tampoco. El grande deja al chiquito en la guardería y luego arranca para el entrenamiento.

Hugo Sánchez maneja su Mercedes rojo último modelo con toda la calma del mundo. Escucha rock. Podría ser un hombre joven como cualquier otro, con su pelo oscuro rizado, su risa casi tímida, sus largas pestañas y su mirada de terciopelo. Lo es y no lo es.

—Por la tarde me gusta estar con la familia. Estoy casi siempre en casa. A veces nos vamos de compras. O al parque. O al zoológico, que le gusta tanto al niño. No juega al padre responsable. Lo es muy sencillamente, con esa gravedad que imprime a casi todo lo que hace.

—En este momento estoy muy ocupado. Se ha juntado todo: La Copa del Rey, el campeonato europeo y la Copa del Mundo. Llevo así cuatro o cinco meses. Los partidos de la Copa del Rey son el domingo, y los de Europa son el miércoles. Muchas veces se nos han juntado dos partidos en la misma semana. Es pesado.

El sábado Hugo Sánchez y sus compañeros se encerraron en el Monte Real. Prepararon el partido contra el Valladolid. Si ganaban se aseguraban el campeonato. Ganaron: la noche del domingo fue un delirio en Madrid. Miles de aficionados recorrieron las calles cantando y moviendo la bandera del Real Madrid, blanca y azul con su corona roja y negra y sus inmensas letras doradas. Hubo conciertos de cláxones y cantos cada vez más eufóricos hasta la madrugada. Hace cinco años que el Real Madrid no ganaba la corona.

El Mercedes se desliza sobre la autopista. Hugo Sánchez tiene una gruesa cadena de oro alrededor del cuello y varias medallas. Baja ligeramente la velocidad al pasar ante un templo y se persigna tres veces. Murmura algo. Sigue la música rock. A lo lejos se vislumbra Madrid. Es temprano aún: 10 y media. El semáforo. Se para el Mercedes. Voltean las cabezas. "Es Hugo Sánchez". Sonrisas. Gestos amí-

tosos. Voces de niños y voces roncadas de viejos españoles.

Pero no fue siempre así ni mucho menos.

—El ámbito deportivo español es muy cerrado, dice apagando el pasacintas. Y más aún para los extranjeros. Hay solamente dos plazas de jugadores extranjeros en cada equipo y por lo tanto se les exige mucho. Mucho más que a los demás —hay que justificar que se les haya contratado—. ¿Me entiende? A mí me tocó más duro todavía por ser mexicano. Nadie entendió por qué se había contratado a un mexicano. Si hubiera sido un brasileño o un argentino hubiera sido más lógico. Pero un mexicano. Yo sufrí una cierta discriminación. Eso se debe a que el fútbol mexicano pues... no destaca como el de otros países.

—¿Con qué tipo de problemas tropezó?

—De aceptación. No se me aceptaba. No se entendía mi modo de jugar. Se me criticaba. La prensa fue muy dura conmigo también.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace cinco años. Cuando llegué empecé a jugar con el Atlético de Madrid. Pero no me dejé. Me había fijado la meta de triunfar en España, quería lograrlo y lo hice.

—¿Por qué triunfar en España? ¿No bastaba con México?

—Una de las razones por las cuales vine a jugar a España fue fundamentalmente porque en México nunca se había dado que un deportista hubiera hecho cosas importantes a nivel internacional. México siempre ha tenido una especie de complejo mental que lo ha hecho sentirse inferior a otras

**El triunfo de un mexicano en Madrid. "Al principio la prensa fue muy dura conmigo". Era el rey en México, pero tenía metas más altas. Un Mercedes rojo para el entrenamiento con el Real Madrid. 201 mil, más 128 mil, más 158 mil pesetas al mes. Años en que "se le subieron los humos"**

naciones en el campo del deporte. Pues eso no me gusta. Y yo decidí convencer y demostrar a todos los mexicanos que estamos a la misma altura que los demás. Ni más, ni menos.

Silencio. El Mercedes sigue su camino. Hugo Sánchez mira la calle. El viento sacude las ramas desnudas de los árboles. Otro semáforo. Otras sonrisas. Hugo...

—Al fin y al cabo yo no tengo necesidad alguna de venir a Europa, dice riéndose. Yo era el rey en México.



—¿En serio?

—Claro. Yo era el mejor jugador. Todo el mundo me celebraba. Si iba a un restaurante nunca me dejaban pagar. Si iba a un cine me regalaban la entrada. ¿Quería tomar un trago? Me regalaban botellas. ¿Ve? Era increíble.

—¿Fue tanto más duro entonces el contraste inicial con Madrid?

—Por supuesto. Pero como ya tenía puesta en la cabeza esa idea de comprobar de qué éramos capaces los mexicanos, me dije: tienes que lograr tus metas. Tienes que dejar a un lado todos los privilegios. Adelante.

### AMARGURAS, ESCAPES, GOLES... Y LA CITA DE 11 A 13 HORAS

—¿Y eso, los mexicanos lo saben?

—Por supuesto. Yo estoy consciente de ello: yo soy un escape para la situaciones políticas y económicas que tiene México. El deporte siempre ha sido un escape. En México, en el mundo entero. Lo que pasa es que en México hay muchos problemas y pocos escapes. Entonces, yo me he convertido en un

escape muy fuerte. De eso estoy muy orgulloso. Quiero ser un escape muy grande, para que los mexicanos echen allí muchas amarguras y muchas tristezas, para que sientan que triunfan cuando triunfo yo.

Una vuelta a la derecha. Otra a la izquierda. La entrada del centro deportivo del Real Madrid. El estacionamiento enfrente del campo de futbol. Hugo entrena allí todos los días. De las 11 a la 1 y media. Con calor o con frío. Con lluvia o con nieve. Sin o con viento. En raras excepciones se recurre a un gimnasio. El entrenamiento se hace en la grama y punto.

Salir del coche es prácticamente imposible: es literalmente tomado por asalto. Decenas de niños, niñas, jóvenes, periodistas. Uno que otro adulto. Un anciano. Todos se dan codazos para acercarse a Hugo Sánchez. Y Hugo firma, firma, firma... fotos, hojas grandes.

Se ríe y desaparece en los vestuarios. Las gradas están vacías. Un fotógrafo da vueltas en la grama, esperando al equipo. Unos periodistas españoles comentan el triunfo del domingo: unos cientos de niños rodean el campo. Tienen una gran responsa-



bilidad, la de buscar los balones de los jugadores. Primero llega el entrenador. Luego, los futbolistas. Ejercicios, carreritas. Se calientan los músculos. Aparecen los balones. Cada uno tiene el suyo. Nuevos ejercicios. El espectáculo se vuelve bonito. Es indescriptible la complicidad del jugador con el balón. Hugo Sánchez hace lo que quiere con el suyo. Lo pasea de sus pies a su cabeza, lo para un segundo en la nuca, vuelve y baja, vuelve y sube. A los niños les fascina...

También les encanta la voltereta que da Hugo Sánchez cada vez que marca un gol. Dicen que ya no esperan sus goles sino sus piruetas. Y se quedan boquiabiertos cuando Hugo se levanta del suelo hacia atrás, empuja con los brazos y cae de pie.

Gritos del entrenador. Carreras de los jugadores. El ritmo se acelera. Hugo Sánchez frente al portero. Le tiran balones. Patea duro. Marca. No marca. Hugo, otra vez, grita el entrenador. Otra y otra. Hasta la 1 y media.

Salir de los vestuarios es tan difícil como salir del carro. Entre niños grandes, entre firmas y firmas.

—Hugo, honestamente, ¿no se te sube todo esto a la cabeza?

—Tuve dificultad al inicio, cuando empecé a destacar



DE 1976 A 1981, el "Niño de oro" militó como delantero del equipo Pumas de la UNAM. Un día de entrenamiento, en 1979, en divertida sesión de "catapultas". Y los muchachos antes en todos los partidos

Futbolista originario de la ciudad de México. Nacido en 1958, su segundo apellido es Márquez. Le han llamado el Niño de Oro y Hugal. Se graduó como cirujano dentista por la UNAM (1981). Jugó en las reservas del equipo Universidad y en la selección nacional amateur, con la que ganó el Torneo Mundial Juvenil de Cannes (1975) y participó en los Juegos Olímpicos de Montreal (1976). Se inició profesionalmente en 1976 en el equipo Universidad, en el que permaneció hasta 1981. Como seleccionado nacional ha participado en los campeonatos mundiales de 1978 y 1986, en Argentina y en México. En 1981 fue contratado por el club español Atlético de Madrid, del que pasó al Real Madrid, equipo que ha obtenido con él cinco veces el campeonato ibérico y ha ganado varios torneos continentales. Participó en el partido de estrellas mundiales de la UNICEF contra el equipo Barcelona. Ha ganado en cinco ocasiones el trofeo Pichichi, como campeón individual de goleador de la liga española, una con el Atlético y cuatro con el Real Madrid (1984-85, 1985-86, 1986-87, 1987-88 y 1989-90).

en el fútbol. Yo tenía 15 ó 16 años. Ya era muy famoso. Yo salía en los periódicos. La gente me reconocía en la calle. Pues... será por mi juventud, por mi falta de experiencia... me desubiqué. Se me subieron los humos a la cabeza.  
 —¿Cómo fue aquello?  
 —Me sentía... no sé... había logrado muchas de las cosas que anhelaba. Lo tenía todo ¿me entiende? Menos mal que estaba rodeado por personas de confianza, mi familia, mis amigos. Me explicaron que no lo había hecho todo. Me sirvió mucho eso. Ahora sé lo que valgo, lo que signífico, lo que represento. Sé la gran responsabilidad que tengo para con mi país y la gente que me admira, que me idolatra, que quiere imitarme. Entendí que tenía que ser algo como un ejemplo. Un buen ejemplo.  
 Se ve grave. Es como si estuviera hablando de otra persona. ¿Demasiado grave para sus 27 años? Tal vez. ¿Preso de su imagen? Tal vez. Pero tan íntimamente confundido con ella que ya no se sabe bien dónde termina el Hugo-Hugo y dónde empieza el Hugo-campeón.  
 El diario *El País* publicó algunas cifras impresionantes hace unos días. Los sueldos para los integrantes de la plantilla del Real Madrid son de 201,000

pesetas al mes, más 24,300 por hijo, y un total de 14 pagas. Los incentivos en la liga son de 128,000 pesetas por partido ganado en casa, 158,000 por triunfo fuera y 104,000 por empate a domicilio.  
 —Finalmente ¿qué haces con tanto dinero?  
 —Soy una persona que me sé administrar en mis cosas, en mi capital. Desde joven me ha gustado invertir el poco y mucho dinero que he ganado en el fútbol. Lo he invertido en propiedades y otras cosas. Nada de derroche. Yo pienso en el fútbol. La carrera de futbolista no dura toda la vida. Dura equis tiempo. Y este tiempo no se sabe cuando puede ser. Una lesión grave y la carrera se nos trunca. En el retrovisor, Madrid se aleja. La urbanización donde vive Hugo Sánchez es parte de una zona residencial. Mas no lujosa. Clase media alta. ¿No cabe derroche en su vida? Apparentlymente no.  
 —Ayudo a mi familia también. Desde los 17 años mantengo a mi familia, empecé antes de casarme y hasta la fecha lo sigo haciendo. Cuando se separaron mis padres, mis hermanos mayores se encargaron de la casa. Luego se casaron y me lo dejaron a mí. Soy de cuna humilde. Y me da orgullo poder darles sus caprichos a los de mi familia. A veces también ayudamos a la familia de mi esposa. Es normal.

Hugo Sánchez entregó una importante suma de dinero en el momento del terremoto. No quiere decir cuánto. No vale la pena. Sólo cuenta el gesto. Enfrente de su casa lo está esperando una niña con un papelito en la mano. Otro autógrafo antes de la comida.  
 Sánchez come como tres y bebe... bien. Se queda en el aire una pregunta tonta sobre las dietas de los campeones.  
 El dueño del restaurante, con cara de gaucho comilón, atiende personalmente a Hugo. Comenta el partido del domingo. Todo el mundo reconoce a Hugo Sánchez, pero lo dejan comer en paz.  
 —Hugo, te persignaste al pasar frente a una iglesia, ¿fue por convicción o por costumbre?  
 —Soy católico y cristiano. También me persigno por la mañana y antes de dormir.  
 —¿Y rezas?  
 —Sí, rezo. Y analizo lo que hice en el día.  
 —Antes de un partido importante ¿rezas?  
 —Sí, rezo en todos los momentos importantes de mi vida.  
 —¿También rezas cuando metes un gol?  
 Se ríe. Toma un largo trago de cerveza.  
 —Cuando marco un gol, doy una voltereta.

HOMBRE  
disciplinado  
y talentoso,  
despeja  
ecuaciones  
en el pizarrón  
de un aula en  
el Politécnico  
Nacional,  
en 1947



don Manuel Sandoval Vallarta es apenas otra cosa que huesos y espíritu. Si su poderosa inteligencia no cargara sus ojos con una vivacidad peculiar se le creería a punto de exhalar el último suspiro. Habla poco y en voz baja. Una sonrisa irónica vaga en sus delgados labios. Su traje muestra la huella reciente de la tintorería y su corbata es un modelo de disciplina.

En don Manuel descansa buena parte del movimiento científico de nuestro país. Ha sido el primer mexicano que figuró destacadamente en el campo de la física mundial. Estudioso y viajero que ha recorrido el mundo en afanes científicos, figura familiar en los más grandes congresos físicos y matemáticos, embajador por propio derecho de la ciencia mexicana, sabio de gabinete y hombre de mundo, tiene el secreto de saber estar bien sin disonancias, sin arrebatos peligrosos, sin apresuramientos.

—¿Cómo se formó su vocación?

—Desde la preparatoria tuve afición a las matemáticas y a la física, y a mis maestros Sotero Prieto, Juan Mansilla Río y José de las Fuentes, debo los primeros estímulos. En 1917, al cumplir los dieciocho años, me inscribí en el Instituto Tecnológico de Massachusetts para iniciar la carrera de ingeniero electroquímico. Me interesé luego por la electricidad y al último por la física. El Instituto me abrió el horizonte científico. Recuerdo entre los maestros a Goodwin.

Fue el que más impresión me hizo.

—Me recibí de ingeniero en 1921 y en 1923 publiqué mi primer trabajo relativo a los fenómenos eléctricos en los conductores de las armaduras y ese mismo año ingresé al laboratorio de investigación de ingeniería eléctrica donde trabajé con el doctor Vannevar Bush, jefe de investigaciones bélicas en la pasada guerra y actual presidente de la Institución Carnegie, sobre el cálculo operacional de Heaviside. Nuestros experimentos para comprobar la propagación de ondas electromagnéticas en las líneas de transmisión, hicieron que todos aceptaran las fórmulas de Heaviside que antes se negaban terminantemente, originándose un gran desarrollo en ese importante aspecto de la ingeniería eléctrica.

—Ya en 1923 me decidí por entregarme de lleno a la física y recibí el doctorado en 1924, con una tesis sobre el modelo atómico de Bohr desde el punto de vista de la relatividad general y el cálculo de perturbaciones. En 1925 realicé mi primer viaje a Europa. Goursat, Hadamard, Picard, fueron mis maestros en París. También estudié en el Instituto Politécnico de Zurich. Regresé a los Estados Unidos y en 1927 estaba de vuelta en Europa becado por la Guggenheim. En Berlín tuve la fortuna de estudiar con Einstein, Schrodinger, Von Laue, Schur y Reichenbach. En Leipzig, con Einsenberg y Debye.

—En 1923 nuestro país se liga a uno de los grandes descubrimientos de la física moderna. El profesor Arturo H. Compton, Premio Nobel de Física, emprende un viaje a México para dilucidar el problema de

si la intensidad de la radiación cósmica es la misma en todas partes del mundo, o si depende de la latitud geomagnética. Tomamos medidas en Veracruz, Orizaba y el Nevado de Toluca y como resultado de las observaciones se llegó a la conclusión de que la segunda alternativa era la válida. Fue en México donde se realizó este descubrimiento, aunque Clay, trabajando en Java, ignorante de nuestros trabajos, llegara por su parte a las mismas conclusiones.

—Naturalmente, los datos obtenidos en México planteaban el problema de explicar por qué la intensidad cósmica dependía esencialmente de la latitud geomagnética. De regreso a Estados Unidos encontré al abate Lemaitre, cosmólogo belga que estaba en Harvard, y los dos emprendimos el estudio del problema, publicando a poco la teoría conocida con el nombre de Lemaitre-Vallarta en la que logramos demostrar lo siguiente: las partículas de radiación cósmica, cargadas de electricidad, sufren una desviación al cruzar el campo magnético terrestre.

#### MIL TRAYECTORIAS EN UN BAÚL

—Al anunciarse la celebración en Oslo de un congreso internacional de matemáticas, vimos la oportunidad de presentar nuestra teoría y desvanecer las objeciones que presentaban nuestros opositores. Había poco tiempo. Recurrimos a la máquina de Bush para la integración de las ecuaciones diferenciales, pero las operaciones en que debía apoyarse esta máquina —representa el esfuerzo de centenares de calculistas— resultaron erróneas y hubo necesidad de comenzar de nuevo. Por último, después de una tarea agobiadora logramos determinar alrededor de un millar de trayectorias, llenamos un enorme baúl con los cálculos y nos embarcamos rumbo a Oslo, donde llegamos la víspera de la inauguración del Congreso. Esa misma noche tuvimos una larga plática con el doctor Stormer, presidente del Congreso, quien ya tenía preparado un discurso contrario a nuestra teoría. Lo convencimos de que no tenía razón y al día siguiente, en medio de una gran expectación, se declaró partidario de esa teoría que logró centrar el interés de los físicos y de los matemáticos del mundo entero.

—A los pocos días el gobierno de Noruega ofreció una recepción a bordo del barco Stavangerfojord. Stormer, al iniciar un vals la orquesta, pidió permiso para bailar con mi mujer. Aquel vals lo llamamos el vals de la reconciliación.

—¿Quisiera usted hablarme de las tareas que desempeña la Comisión Impulsadora y Coordinadora de la Investigación Científica, de la que usted es vocal físico-matemático?

—Desde 1945, la Comisión, con la cooperación de las diversas secretarías de Estado e instituciones que llevan a cabo trabajos cartográficos, creó el Comité Coordinador del Levantamiento de la Carta de la República, como primer paso para la formación del Consejo Nacional de Geografía. Este Comité ha estado trabajando en la formación de una nueva carta geográfica de la República a la escala de 1 a 500,000, basada en levantamientos aerofotográficos.

# LOS RAYOS QUE VIENEN DEL COSMOS

por FERNANDO BENÍTEZ / octubre de 1948

cos y puntos de control terrestre. Podemos mencionar en este apartado que, al iniciarse la erupción del volcán de Parícutín, la Comisión, con la colaboración del Geological Survey de Estados Unidos, formó otro comité compuesto de técnicos mexicanos que ha estado trabajando intensamente.

—Los peligros que puedan amenazar nuestro desarrollo científico...

—¿Peligros? No veo ninguno. Por el contrario, observo un periodo de intensa actividad científica ni siquiera presentada antes.

—La Facultad de Ciencia, fundada en 1935 por Monges López; los Institutos de Matemáticas y de Física que dirigen dos jóvenes discípulos de Sotero Prieto, los doctores Alberto Barajas y Carlos Graef; el Observatorio Astrofísico de Tonantzintla del que es fundador y animador Luis Enrique Erro, de entusiasmo sin límites en su disciplina y cuyo personal incluye a hombres de ciencia como Guillermo Haro; las sociedades de Física y de Matemáticas y diversas publicaciones especializadas, son otros tantos activos focos de investigación y difusión científicas.

—Muchas de las realidades actuales las debemos a Sotero Prieto. Su talento para seleccionar al alumno brillante y excepcional no tenía igual, y a él le dedicaba su atención muy particular, la atención de un hombre cuya pasión era la enseñanza. Así, no es ningún accidente que tengamos hoy en México un grupo de matemáticos y físicos que ya han demostrado su calidad en la investigación. Lo que es todavía más importante, ellos a su vez están preparando a nuevos grupos de estudiantes jóvenes y brillantes que a su vez enseñarán a otras generaciones. El arranque de una reacción en cadena está ya a la vista.

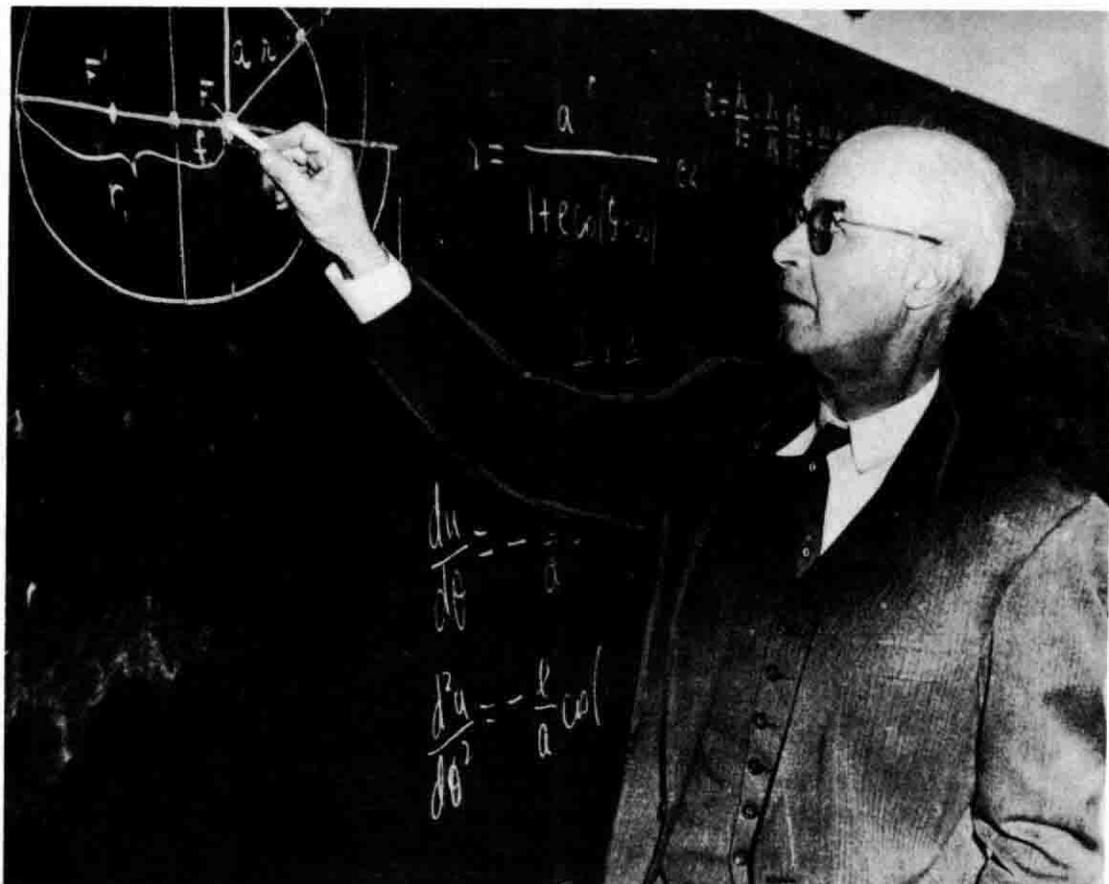
—México tomó parte en las deliberaciones de la comisión de energía atómica de la ONU. Desgraciadamente no se ha podido llegar a ningún acuerdo, lo que ha determinado que sus aplicaciones industriales se hayan visto relegadas a un segundo término.

—Tal vez el acontecimiento científico más importante, relacionado con la física y la química, que ha tenido su escenario en México, es el descubrimiento del elemento 23, vanadio, por Andrés Manuel del Río, profesor de minerología en la entonces Real Escuela de Minería, en 1801. En los últimos tiempos he tenido ocasión de realizar algunas investigaciones históricas sobre este asunto en colaboración con Arturo Arnaiz y Freg, un distinguido historiador; el meollo de lo que hemos encontrado es como sigue: en 1801, Andrés Manuel del Río creyó haber descubierto en minerales extraídos en Zimapán, Hidalgo, un nuevo elemento al que bautizó con el nombre de "eritronio". Un año después, entregó muestras que contenían el nuevo elemento a Alejandro Von Humboldt, aprovechando la visita que a la sazón hacía a México. Von Humboldt llevó consigo muestras a París, a su regreso a Europa, y las entregó a Collet-Descotils, a quien pidió un informe sobre la pretensión de del Río. Collet-Descotils analizó las muestras ya mencionadas e informó, erróneamente, que contenían solamente cromo. En aquel entonces Humboldt aceptó este veredicto, y por

consecuencia, rechazó la pretensión de del Río como no válida. Éste, desorientado por el informe de Collet-Descotils, por algún tiempo no insistió en defender su derecho al descubrimiento, pero que no se aferró a abandonarle lo demuestra con claridad meridiana una cita tomada de su libro *Elementos de Orictognosia*, que vio la luz pública en 1832 y 1846: "...así llamé eritronio a mi nuevo metal, pero el uso, ese tirano de todas las lenguas, ha decretado que se ha de llamar vanadio en honor de no sé qué diosa escandinava; una diosa mexicana tendría muchos mejores derechos, porque en sus dominios fue descubierto treinta años antes". Estos hechos han sido el tema de comunicaciones publicadas en el periódico *Nature* de Londres.

—Los acontecimientos relacionados con el descubrimiento del elemento 23 por Sefstrom en 1830, en los minerales de Taberg, Smaland, Suecia, y sus razones para bautizarlo con el nombre de vanadio son bien conocidos. En el mismo año, sin embargo, Wohler estableció que el vanadio descubierto por Sefstrom y el eritronio descubierto por del Río y contenido en las muestras que le había entregado Von Humboldt en 1802, eran idéntico elemento. Después de la identificación de Wohler, Berzelius y von Humboldt reconocieron la validez de la prioridad de del Río. Por supuesto que no sería posible ahora, a más de un siglo de distancia, cambiar una nomenclatura reconocida y llamar eritronio al elemento 23 como lo quiso del Río, en lugar de vanadio. Su prioridad en el descubrimiento de este elemento y por lo tanto su derecho a bautizarlo, parecen sin embargo incuestionables.

**A los 18 años de edad, ya cursaba estudios en el Instituto Tecnológico de Massachusetts. Estudió con Albert Einstein en Berlín. La teoría Lemaitre—Vallarta, imprescindible para explicar los efectos del campo magnético terrestre. Un vals a bordo del Stavangerfjord. El genio de Sotero Prieto para impartir matemáticas. Levantar la Carta de la República, necesaria acción científica. 1942, año clave para la ciencia mexicana. La energía nuclear podría generar electricidad**



Doctor en ciencias especializado en física teórica por el Instituto Tecnológico de Massachusetts (1924). Nació y murió en la ciudad de México (1899-1977). Becario de la Fundación Guggenheim (1927-28). Tomó cursos de física en Berlín y Leipzig con Einstein, Planck, Schrodinger, Heisenberg y Debye. Fue profesor asociado, adjunto y titular del tecnológico de Massachusetts y profesor visitante de la Universidad de Lovaina (1923-46), donde dió clases a R. P. Feynman, futuro premio Nobel. Ocupó diversos cargos en la administración pública, en instituciones educativas y científicas de México. Realizó investigaciones de matemáticas, mecánica cuántica y relatividad general.

FUERZA  
enigmática la  
que ostenta el  
paladín de los  
encordados a  
media tarde.  
Popularísima  
figura de la  
cinematografía,  
posa aquí  
flanqueado  
por Amadee  
Chabot, en 1981



# MÁSCARA Y MÚSCULO

por JOSÉ BUIL / enero de 1972

**S**upermán es a Metrópolis lo que Santo, El Enmascarado de Plata, es a Méxicodistritofederal y a sus cosmopolitas habitantes. El superhéroe sobrevuela la ciudad, símbolo ésta de la modernidad, para evitar una destrucción que acaso pudo ser fríamente calculado por algún gigantesco y perverso cerebro del malo.

El Enmascarado de Plata es un ídolo nacional, superhéroe autóctono pero muy actual. Su presencia ayuda a que el país subdesarrollado se integre a la modernidad con todo y las lenguas indígenas que olvidamos.

El Superhéroe de hoy se eleva hasta el pedestal del mito en el vaivén de la anécdota. Arriesga la vida pero nunca muere. Está en el filo de la navaja sistemáticamente. Permanece siempre ¡alerta! por el bienestar de los buenos.

—Considerarme un superhéroe mexicano sería muy vanidoso —dice el Santo moviendo sus labios como dos riñones sobresaliendo de la máscara—. Odio la vanidad; modestamente, creo que he logrado hacer un personaje para México, nada más. Aunque a veces sí he visto que la gente se acerca a mí para palparme, tocarme, para ver si existo, si soy de carne y hueso. Pero, eso a considerarme un superhéroe, no. Eso estaría mal.

—Santo, ¿no sientes que los superhéroes extranjeros te han desplazado del favor del público? Hay muchos cómics como el de Supermán, Batman y Robin.

—Mira, si me estás hablando de héroes de historietas, pues sí. Había una revista que se hizo a base de mi nombre. Se llamaba *Santo El Enmascarado de Plata*. Pero no, nadie me ha desplazado; entre más tiempo pasa se acrecienta mi popularidad. Y como no soy un personaje de ficción, por eso tengo éxito en cualquier parte donde me presento. No nada más en México sino en el extranjero, como en Estados Unidos, donde existen esos héroes que mencionas.

—Hijos de artistas me van a saludar: "Hombre, yo quiero que conozcas a mi hijo, mira cómo te admira", y ven las películas. Pero desgraciadamente nací aquí. No digo desgraciadamente porque sí estoy muy orgulloso de ser mexicano, pero me refiero a la cosa publicitaria: si yo hubiera nacido en Estados Unidos, hubiera sido un gran personaje. Aquí en México, desgraciadamente, cuando un hombre va triunfando, quieren acabar con él por medio de publicidad negativa; en lugar de que te apoyen sacan que si esto, que si lo otro. Eso sí es malo. Cualquier personaje que va surgiendo aquí, tratan de terminarlo.

—¿Cuál es el personaje que más admiras? Aparte de ti, claro.

—¿El superhéroe que más admiro?... Te digo con honradez, si me pongo a leer cualquier revista que cae en mis manos, me divierte. No te puedo decir nombre porque no tengo predilección por alguno. Pero si es un caso histórico, verdadero, mejor. Desde chiquillo me encantó la historia. Leer cuentos, los personajes de la historia. Empiezo a leer desde los zapotecas. Digo, nuestra historia ¿no? Los de Azcapotzalco, los de Texcoco, la fundación de México,

todos esos personajes, Netzahualcōyotl. Aquí en México, lo que es mi patria, me sentí fascinado por esos personajes. Luego viene la conquista... Hernán Cortés...

—¿Entonces tú te sientes más un personaje producto de la historia mexicana que de las influencias extranjeras?

—Nononono. A mí me fascinó la historia no sólo mexicana, sino la universal. No puedo sentirme un personaje nacido de la historia. Mi historia la hice yo mismo. Tal vez haga historia cuando me muera, tal vez me olviden. Tú sabes que un personaje surge y muere. El personaje de Santo quizá lo haga después uno de mis hijos, a lo mejor así el Santo llega a ser una leyenda.

—Santo, ¿cómo te gustan más las mujeres, sin maquillaje o con maquillaje?

—Sin maquillaje porque así se ve más la hermosura de una mujer tal y como es. Si preguntas si me gusta con el pelo corto o largo, te diré que con pelo largo. Si el pelo es cortito diré que estoy con un hombre. Creo que la feminidad de la mujer está en la cabellera.

—¿Tú cómo tienes más éxito con ellas, sin máscara o con máscara?

**"Mi historia la hice yo mismo". La gente se aproxima, lo toca, lo mira. "Odio la vanidad". La feminidad de la mujer... está en la cabellera. Si hubiera nacido en los Estados Unidos, "hubiera sido un gran personaje". Igual que si tuviera 25 años. "Me considero macho, pero en el buen sentido: tengo mi hogar, tengo diez hijos con mi señora y he sido responsable con ellos"**





—No, pues ya me quieres sacar de qué o qué. Si lo lee mi mujer me va a matar. Te contestaré superficialmente nada más: con máscara. Será porque ellas sienten más curiosidad por mí, que cómo será el Santo, que si así, que si asado. Pero sin máscara me siguen mucho porque soy carita, jajajajaja, no no no. De cualquier manera me va igual. Pero creo que sí, a la mujer le gustaría saber cómo soy sin máscara.

—¿Alguna vez has hecho el amor con máscara?

(Los ojillos de atleta vencedor bailan en el ojal de la máscara, suspira profundo, mira al techo, al entrevistador y contesta dibujando en el aire:)

—Interrogación, mano, interrogación, de veras.

—¿Alguna vez se te han acercado los homosexuales? Como supongo que las mujeres te asedian.

—Cómo no. Pero ya no por ser Santo, sino porque dicen “¡ay qué brazotes tienes, qué músculos!” Pero nada más hasta ahí.

—¿Cómo ves el asunto del machismo?

—Pues como se está actualizando en la actualidad, creo que al machismo quieren darle otro sentido. En México siempre ha existido el macho mexicano, pero aquí se ha exagerado. Se entiende que el macho es un hombre viril que se da a respetar con su mujer, con sus hijos, en cualquier parte se da a respetar. Creo en el machismo más o menos en ese sentido, pero aquí se ha cambiado: que si un hombre tiene dos mujeres es por machismo. Eso no es el machismo: el macho es un hombre responsable que sostiene su hogar. Yo me considero macho, pero en el buen sentido: tengo mi hogar, tengo diez hijos con mi señora y he sido responsable con ellos. Porque no nada más se tiene un hijo y se le echa a la calle.

—¿Y del complejo de Edipo qué piensas?

—¿?! (agita las manos, hace un gesto de no sé nada).

—Se dice que en México casi todos estamos enamorados de nuestra mamá y que eso afecta nuestras relaciones con las mujeres...

—Nonono. Yo creo que estamos equivocados aquí. El mexicano por regla general quiere mucho a sus padres, yo lo he visto con muchas personas y sobre todo yo adoré a mi madre. Cuando murió pensé que junto a ella se morían todas mis ilusiones, a pesar de estar casado y con hijos. Eso no significa que yo estaba enamorado de mi madre: la adoré, pero en

otro sentido, en otra forma. El mexicano es así. Ahora que por querer a la madre no vas a dejar de querer a otras mujeres.

—Tienes treinta y tantos años de luchador. Cuando comenzaste eras más ágil ¿sientes que ha habido un cambio en tí? ¿sientes que las cosas que haces hoy son diferentes a las de ayer?

—No me hables de años porque fijate que si me preguntas por mi cuerpo de hace treinta años, posiblemente te dé la razón y te diga que sí tenía más agilidad. Pero mi cuerpo está mejor ahora que antes (el Santo levanta las manos enérgicamente, las baja y sus dedos comienzan a retorcer los botones de su saco: ¡se está desvistiendo!). Será la dedicación que he tenido al deporte —agrega—. No tengo arrugas en la cara (el saco beige del enmascarado sale volando desde su mano izquierda. Parece uno de esos gestos típicos del luchador que le arranca la máscara al adversario). He visto luchadores que son más jóvenes que yo (su camisa se abre lentamente. La carne quemada por el sol comienza a asomar entre la tela. Sus ojos negros brillan de contento), pero esos luchadores ya tienen un cuerpo adiposo, en cambio mi cuerpo, míralo (la camisa del Santo queda colgada como una bandera. Mete la barriga, inflama y endurece sus pechos.) No creo que este sea un cuerpo de hombre anciano (espera la afirmación del entrevistador que, por supuesto, no la niega y asiente). Yo no tengo colgados los pechos (El Santo se endurece como un concursante a Mr. Universo, es un gorila que muestra con orgullo su pecho iracundo) y los brazos no se me cuelgan (el bíceps salta cual conejo. Seguramente debajo de la máscara el orgullo le cosquillea. Sus ojos parecen centellear, ávidos de elogios, espera que le digan “¡pero Santo, qué fuerte eres!” que se lo repitan, que se lo repitan). Yo he sabido cuidarme; tengo algunas llantas y las debo tener, claro. Comprende que el deporte que yo practico (dice mientras se abotona la camisa y se sienta) necesita que se queme mucha grasa y tenemos que conservarnos así, precisamente. Me siento como si tuviera veinticinco años, o treinta en realidad. No me siento viejo, ni físicamente, ni sexualmente: soy casi un muchacho de treinta años.

—Santo, ¿si te quedarás cojo, manco, o ciego, qué

harías?

—¡Ni lo mande Dios! ¿Qué te he hecho, mano?

—¿Crees que la lucha tiene algo que ver con el arte, el ballet, el teatro?

—Creo que sí, sí, claro. Siempre critican a la lucha libre que porque es de payasada, que porque no es verdad, que no se qué la lucha libre. La lucha libre tiene mucho de teatro, pero el teatro se lo da el luchador. Y según el teatro que pueda hacer un luchador arriba del ring, en un cuadrilátero, es el espectáculo.

—Si te ofrecieran un puesto en el gobierno ¿cuál te gustaría que fuera y qué harías en ese puesto?

—Modestamente, yo no soy un hombre nacido para mandar gente. En primera siento la tragedia de otra persona. No puedo vivir de alguien que está mal. No sería capaz de robarme el dinero para vivir bien, cuando están muriendo miles de personas. Yo no soy millonario ni nada, pero si siento que puedo ayudar a una persona la ayudo, sin vanagloriarme. Como decía mi madre: “lo que haga tu mano izquierda que no lo sepa la derecha”. En un puesto de esos, te doy mi palabra de honor, no aseguraría mi futuro. Una vez me propusieron: “Oye, ¿por qué no te lanzas para presidente municipal de mi pueblo?” Y les dije tomándoles a guasa: “Mira, mano, yo lanzo mi candidatura y si gano, en primer lugar el tapado se destapa” (Santo hace un movimiento como si se arrancara la máscara). Jajajajaja.

—Santo, ¿para ti hay algún punto en común entre la lucha libre y la lucha de clases?

—Pues yo creo que no, definitivamente. Porque la lucha de clases ¡es como el Tercer Mundo, yo no entiendo el Tercer Mundo, mano...!

—No, Santo, es que mira, la lu...

—¡Pérate mano! Yo no entiendo al Tercer Mundo, porque yo creo que nacimos en un solo mundo. Hay un solo mundo, ¿o no? Ahora, ¿qué es eso de la lucha de clases? Yo creo que todos somos iguales. Yo no estoy ni contra el rico ni contra el pobre ni contra nadie. Me doy cuenta de que hay pobres flojos y que hay ricos sinvergüenzas... En la actualidad dicen que no hay trabajo, pero si quieres un jardinero, no lo encuentras; si quieres una sirvienta, no la encuentras.

—Santo, digo el nombre de un personaje y tú en una o dos palabras dices qué piensas de él ¿sí?

—Bueno... Blue Demon: Gran deportista, buen luchador, un buen amigo mío. El Pato Donald: Simpático animalito. Octavio Paz: Es un escritor ¿verdad?, pero la verdad es que la obra de él no la conozco. Roger Moore el Santo: Pues la gente creía que yo me había robado su nombre, pero no, yo tengo más tiempo que él, además no usa máscara.

—Santo ¿cuál es el santo de tu devoción?

—Primero que nada (señala al cielo) Dios sobre todo. Luego la Virgencita de Guadalupe. Y luego, pues los que vienen.

—Santo, si como luchador hubieras sido un rudo, ¿te hubieras puesto Satanás o Diablo?

—No, si yo comencé como rudo. Me puse el Santo para que hubiera un contraste. También me iba a llamar Ángel. Al principio tenía miedo de llamarme Santo porque la gente que iba a pensar, que me estaba burlando de Dios o algo. Pero luego me aceptaron y el nombre me gustó.

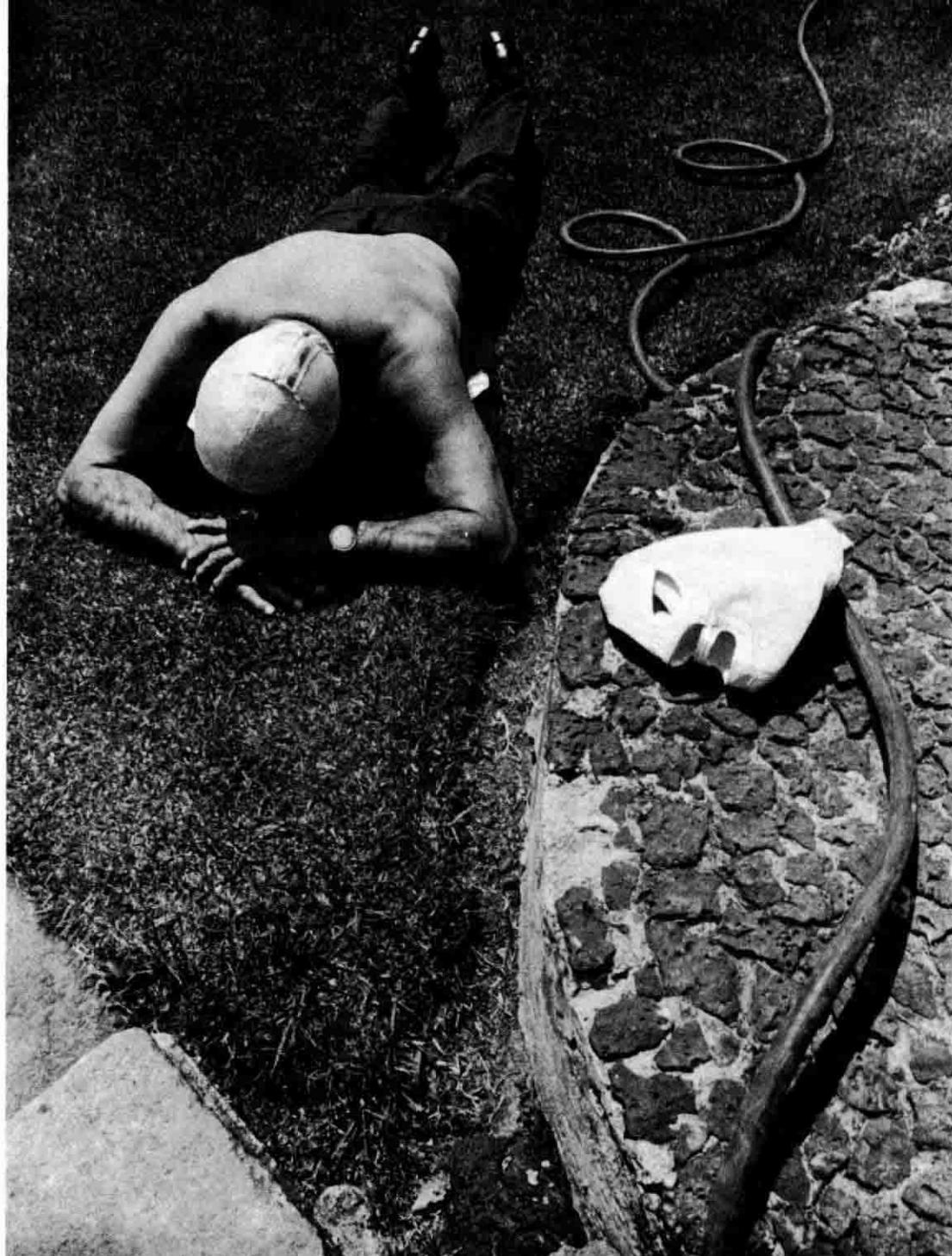
—¿Tienes pesadillas, Santo?

—Jajajaja. Mis pesadillas son mis hijos. Jajajaja. Bueno, mira, el otro día soñé que una mano muy grande y fría se posaba sobre mi pecho. Me sentí desesperado, un poco agitado. Pero cuando desperté asustado, me di cuenta que era mi propia mano que estaba puesta en mi pecho.

—¿Algún sueño que insista en aparecer, que se repita?

—Bueno, eso es sexual dicen ¿no? Sí, tengo un sueño que se repite. A veces sueño que subo a una montaña

DIADEMAS con brillantes de utilería, luchas desiguales con "resortes", aparentes derrotas donde los residuos de la gloria son máscaras sin dueño



muy alta y que me caigo desde lo más alto. Me veo volar primero muy rápido, caigo y luego, más lento, voy cayendo hasta lo más hondo. Primero rápido y luego despacio, pero nunca me pasa nada, siempre despierto antes de que nada suceda.

—Sin el cine ¿crees que hubieras llegado a ser tan popular?

—Sí, mano. Yo me hice en la lucha, en el ring. Antes que nada soy luchador. El cine lo hice porque fue una meta más a la que yo tenía que llegar, pero cuando llegué ya era popular, si no no hago cine. Yo siempre he tenido metas, una tras otra. Toda mi vida ha sido eso. Primero una meta y luego que la alcanzo, otra y luego otra. Así hasta que me muera.

—¿Qué clase de cine te gusta?

—Pues todo el que sea sano, porque hay mucha inmoralidad. Una vez fui con mi mujer, en Los Angeles. Y oye: mi mujer es una señora casada, mano. Vimos a la entrada el anuncio de una película mexicana: "Oye, vamos a ver ésta", le dije a mi señora. Y entramos, el nombre de la película no te lo digo porque la vas a reconocer, pero me salió luego; comienza con una soldadera que llega con un niño a una casa donde hay federales, va buscando a su Juan. El niño se queda afuera y ella entra. Luego su hijo entra a buscarla y se encuentra con que a la soldadera le están dando una... ¿Cómo es eso?

—¿Es cierto que hay tres Santos? Se dice que haces negocio, que luchas al mismo tiempo en Toluca y aquí.

—No es cierto eso. Yo soy el único Santo, este que tienes aquí. Además mira, la gente no se deja engañar. Me reconocen, el cuerpo del Santo es inconfundible, la gente lo sabe. Una vez, un cuate se ofreció a salir por mí cuando ya nos íbamos y la gente me esperaba afuera; el cuate se puso la máscara y salió, todos se fueron atrás de él, pero



inmediatamente se dieron cuenta que no era el Santo porque no tenía los brazos peludos (muestra sus brazos peludos). Las suplantaciones me las han hecho. Hasta en Beirut donde soy muy popular, en el extranjero, en la provincia.

—Pero si un cuate se para a luchar con mi nombre lo linchan. Además tengo una cicatriz en el brazo por la que me reconocen.

—¿Tienes necesidad de rasurarte todos los días?

—Todos los días, tengo la barba cerrada.

—¿Cómo son tus cejas?

—Pobladas.

—¿Tienes cicatrices, lunares, señas particulares en el rostro?

—No tengo cicatrices. Y no es que haya recurrido al cirujano plástico o algo así, no. No, no lo necesito, de verdad, no tengo arrugas siquiera.

—¿Tienes lo que se llama frente amplia?

—Lo que se dice amplia amplia no. Más bien mi frente es regular.

—¿A qué nombre están tus papeles oficiales, tu pasaporte, tu licencia?

—¡Santo, El Enmascarado de Plata! Así dice mi pasaporte, así dicen todos mis papeles, mi licencia. Cuando viajo al extranjero, a Guatemala o a cualquier país que quieras, llego con todo y máscara a migración. Ahí me pasan con el oficial encargado, el principal. Entro en su oficina, nada más él y yo, y ¡ras! me quito la máscara, me mira bien, es el único que me ve y paso sin ningún problema ¡hasta sin aduana!

—Finalmente, Santo, ¿qué consejo le darías a la juventud mexicana?

—Que practiquen algún deporte. No es porque yo haga lucha libre, no. Cualquier deporte: basket, fútbol, lo que quieran, lo que más les guste, pero que lo practiquen. Y sobre todo, que no se droguen.

Rodolfo Guzmán Huerta, mejor conocido como el Santo, el Enmascarado de Plata. Es originario de Tulancingo, Hidalgo y vino al mundo en 1926. Se dedicó desde 1942 a la lucha libre y años más tarde se convirtió en actor de cine. Actuó en 56 películas, entre otras, *Santo contra las mujeres vampiro*, *El doctor Muerte*, *Las momias de Guanajuato*, *Las mujeres vampiro atacan de nuevo*. Se presentó en televisión y murió cuando trabajaba en teatro en 1984.

LEJOS YA DE LAS  
batallas y la  
pólvora, el genio  
de la piroxilita  
reflexiona en  
aquel año  
de 1960



# PINCELES PARA UN DEMONIO

por JOSÉ NATIVIDAD ROSALES / enero de 1963

En la celda No. 36 de la crujía de los "considerados", David Alfaro Siqueiros, uno de los tres grandes de la pintura mexicana, espera el momento de su libertad. La celda, fabricada con gruesas planchas de hierro pintadas de color de rosa, da la impresión de que aquello es un barco inmóvil detenido en el tiempo.

Conversando con él, obtuvimos este interesante y a ratos divertido testimonio:

—El 1° de mayo de 1929 fui aprehendido en mi carácter de secretario general de la Confederación Sindical Unitaria, por haber participado en la organización de la manifestación de aquel día que fue violenta. Cuando se acercaron los policías de la reservada, los obreros comprendieron que me iban a llevar y creyendo defendirme me sujetaron de los brazos. Pronto uno de ellos cayó en manos de la policía y se inició un auténtico estira y afloja, más de lo primero que de lo segundo, al grado que sentía que me descuartizaban. Con la ropa destrozada, a gritos demandaba que me soltasen, mis aprehensores para poder huir y mis libertadores para que no me conservasen libre, pero retazo. Triunfó la reservada y fui introducido en una moto policiaca. Me hundieron en el *sidecar* y como entonces pasaba por la época del sarampión político, en cuanto me erguía gritaba a todo pulmón: "Viva el Partido Comunista", "Abajo el gobierno dictatorial". Sucesivos golpes me volvían a colocar en mi sitio, en donde no iba ni sentado ni acostado, sino apelotonado, instintivamente hecho un bulto para mejor resistir los golpes. Cuando llegamos a la Inspección, en la misma se encontraban unos 40 ó 50 camaradas, entre ellos Jorge Piñón Sandoval.

—Eran las 3 de la mañana cuando se abrió la puerta de la celda y entró un capitán. Yo, molido, también estaba dormido. El capitán me pareció una aparición y de nada bueno. Con voz hasta mesurada me dijo: "Señor Siqueiros, venga conmigo". Por los dolores, el sueño y la hora, deduje que aquel no me sacaba para nada bueno. Quise gritar para que mis compañeros me diesen testigos de que me llevaban, pero el capitán, ya totalmente apaciguado y con rostro hasta casi amable, me repitió, ya en un tono casi invitante: "Venga conmigo, señor Siqueiros".

—Al salir de la Inspección dimos vuelta por la avenida Juárez y yo pensaba que me llevaban a la Peni. Pero al llegar a la esquina de San Juan de Letrán dimos vuelta a la derecha y llegamos a los lugares donde había muchos cabaretes y cantinas escandalosas. Al llegar a un lugarejo de aquellos llamado Viva Jalisco, yo escuchaba que los ruidos y el escándalo aumentaban considerablemente. La noche era oscura y fría pero aquel escándalo me dio cierta confianza y me infundió cierto calor de vida. Al subir la escaleruca distinguí, netamente, los gritos de los hombres y de las mujeres, debidamente entrelazados, lo sonoro en el aire, lo concreto en las piernas. Al abrir la puerta vi a un antiguo compañero en el ejército, el general Jesús Ferrería quien, en compañía de un grupo de armados ciudadanos, se dedicaba al noble oficio de alumbrarse. Alguien le había dicho que Siqueiros, su compañero, estaba en

la cárcel, hablando por teléfono con los funcionarios de la Inspección, obtuvo que, bajo su responsabilidad, me fuese permitido "asistir a su fiesta". En menos de lo que lo cuento me convertí en rey de ella. Para mí eran los mejores tragos de tequila y algo más que las miradas de las amables concurrentes. Las mujeres, ya sin noche cómplice, no querían dormir sino desmañanarse. A las 10 fui devuelto, con más seriedad que ceremonia, a mi celda. Llegué a ella bien ahogado pero profiriendo, en cada momento de lucidez, mueras al gobierno dictatorial.

—Nada hay más cierto que el hombre, cualesquiera que fuese la circunstancia donde se encontrase, trata de mejorar el medio donde vive. Ese fenómeno se produce, también, en la cárcel. Todas las veces que me he encontrado en una prisión, he agitado para lograr un nivel de vida más digno para mis compañeros de infortunio. No puedo menos que confesar que la prisión de hoy es mejor que la de ayer en lo que a atenciones —¿se les puede llamar así?— se refiere. Mira mi uniforme. La medida psicológica buscada al eliminar el traje con rayas se ha conseguido. El traje es bueno.

—Un día, cuando pintaba muy abstraído, repentinamente empecé a imaginar el Zócalo en su nuevo aspecto y quise visitarlo partiendo de la prisión. Pensando en eso, quise ir allá para refrescar mis ideas. Tomé mi sombrero y con toda naturalidad bajé de mi celda. Llegué hasta la reja de la crujía en donde, como es natural, mis propósitos tuvieron pronto fin.

—No pudiendo salir, un pintor, como yo, tiene que hacer esfuerzos inauditos para proseguir su obra, recurriendo al expediente de reconstruir mentalmente la visión deslumbrante del paisaje. Por un ferviente deseo de amplitud del espacio geográfico, aquí, en la cárcel, he pintado mucho paisaje. Con la imaginación me salgo al campo y así puedo trasladar al cuadro, con toda nitidez, el día en plena luz, los nublados y la profundidad de las perspectivas. En la cárcel la escala cosmogónica del paisaje se aumenta y el mismo puede ser contemplado no solamente con los ojos físicos, aprisionados, sino con los de la imaginación que escapan a todo encierro. Cuando viajo de esta manera, más que el detalle —el árbol o la roca— contemplo el espacio geográfico invadido de luz. Es así como he pintado cuadros llenos de sol, como también crepúsculos misteriosos. Yo diría, como conclusión, que en la cárcel ¡hay que pintar paisajes!

—¡66 años! Años atrás un tipo me dijo: "¡Señor Siqueiros! Se ve tan bien que parece que tiene 59 años!" Y esos eran los que tenía exactamente. Cuando tenía 14 me decían el Príncipe Papeles. Estudiaba en el Franco Inglés y había decidido ser beisbolista no queriendo, por entonces, trato alguno con la pintura. Yo era primera base y tú sabes que en un equipo de beisbol ese es un puesto para lucirse, para hacer teatro, cogiendo las bolas en el aire, tomando poses y haciendo "papeles".

—Claro está que obtuve el primer premio de dibujo en el Franco Inglés. Para recibir el mismo pedí a mi padre que me comprase un traje negro de pantalón largo y una corbata de artista. Pacientemente estuve

Sangre, sudor y frijoles, en las refriegas carcelarias. Una rara visita al Viva Jalisco. La magia de un billete de 20 pesos. "¡Hay que pintar paisajes!" La pelota de beisbol... Una estrella entre las manos. Nunca el arte verdadero fue imitativo. Y de pronto ¡un artista en la tlalpalería! Incendiar La Nueva Era

esperando fuera del teatrillo de la escuela, en Santa María, y cuando escuché mi nombre gallardamente hice una entrada de efecto, provocando una carcajada general entre mis compañeros puesto que todos opinaban que "me había disfrazado de profesor de dibujo", ya que el nuestro vestía como yo en aquella ocasión. Yo no hice más que copiar al centímetro su vestimenta.

—Yo no sé lo que hubiera pasado si nuestro a Diego mis verdaderos dibujos, pero pensando en el beisbol, que me tenía sorbido el seso, a la mejor, por consejo de Diego, sigo otro camino diferente al de la pintura.

—Mi primer cuadro verdadero lo produje a los 15 años. Un día llegaron a casa algunos pintores de los llamados "patos", iban a obedecer la orden de papá que quería que se pintaran cielos rasos. Fueron ellos los que me enseñaron a preparar la lac con cola corrie que me enseñaron a preparar con los colores que eran los de tlalpalería. Con tales materiales hice una copia de la *Madona della Sedia* de Rafael. Mi primera real composición pictórica fue titulada *Campesinos* y de la misma hizo grandes elogios el recién fallecido don Nemesio García Naranjo cuando fue ministro de Instrucción Pública.

—Nosotros queríamos caminar hacia un realismo moderno, uno que, sin abandonar los grandes aportes del realismo del pasado, sumara nuevos elementos extraídos de la pintura occidental, desde Goya hasta el abstraccionismo mismo, ya que, en esa expresión, hay elementos de importancia plástica, precisamente de valor realista, aun cuando esto parezca paradójico. Los pintores del pasado, por ejemplo, daban un valor muy relativo a lo casual y a lo accidental y es indudable que en lo imprevisible —como obra directa de la materia plástica misma— hay multitud de elementos de esencia realista.

—El gran arte, en la plástica, siempre se hizo recreando la realidad objetiva. Nunca el verdadero

CON SOMBRERO  
y fumando, en  
sus últimos días  
laboraba aún en  
el taller de  
Cuernavaca.  
Bajo su mural  
tridimensional  
en Ciudad  
Universitaria, "el  
coronelazo" no  
pierde la  
gallardía en  
aquel 1955



arte fue imitativo, copista de la Naturaleza. Por lo tanto, en esa vía de la recreación de la verdad, en las artes plásticas, el camino no se ha recorrido todavía ni se recorrerá jamás. En realidad, los abstraccionistas, como todos los formalistas, han representado una corriente precisamente sectaria y unilateral, cuando han reducido las posibilidades de expresión a uno solo de sus elementos, el subjetivo, al margen de sus correspondientes bases objetivas. No existe subjetividad sin el cuerpo objetivo, lo mismo en el arte como en todas las cosas de la vida. Uno puede preguntarse por qué jamás hubo tantos pintores en el mundo como en la época de la furia abstraccionista. En París hubo 70 mil. Sin duda alguna entre ellos hubo geniales pintores, pero debo repetirme, unilaterales en su genialidad y fabricando un producto, un objeto artístico, indudablemente cojo, incompleto, inútil, de hecho, simplemente decorativo y dirigido a un grupo mínimo de snobs, obviamente ricos.

—Yo era un verdadero estilista del beisbol. Todas las bolas en alto me daban ocasión de lucirme. Me lanzaba al aire y en el mismo ensayaba un ballet que no hubiera aprobado Babe Ruth. La bola —parece que lo sabía— caía en mi manopla como a un nido natural. Secretamente odiaba las bolas bajas que me obligaban a inclinarme, a perder la figura, a perder la gallardía. Cuando "capeaba" la pelota dura sentía que apresaba el mundo entre mis manos. ¿Acaso tú sabes lo que es recibir entre ellas aquella pequeña esfera en la que están concentradas las miradas de los espectadores? Toda la Naturaleza, en ese mo-

mento, es una pelota de ingeniosos gajos, tan dura que desharía una nariz, pero tan dócil que se lanza por los aires sin importarle caer de cabeza. Cuando uno la recibe limpiamente, con un ¡plop! que podría grabarse y pasar a la historia, todo el mundo aplaude como si se tratase de una conquista espacial o como si a uno le hubiese caído una estrella entre las manos.

—El primer artista lo encontré... en una tlapalería vecina a casa. Un día, cuando conversaba con el tlapalero, que solía jugar conmigo, llegó al local el hombre de mis sueños. ¡Un artista! Todo en él ejercía en mí una mágica atracción: la melena, desordenada y sin duda alguna peinada por los afilados dedos de una dama quien, sin temor a equivocarme, seguramente tocaba nocturnos de Chopin. La corbata de "papillón", era el supremo distintivo y bajaba del cuello con la majestad de una barba fluvial. Negra, quería esconder lo ardido, lo rojo, lo fogoso del corazón de artista. El traje de pana, a la luz de la mañana, tenía suaves reflejos del mejor de los terciopelos y daba a toda la figura un halo de leyenda.

—Yo me quedé mudo ante aquella "divina" aparición. Ante mí se presentaba "mi futuro", el molde humano y el diseño en vestimenta que, definitivamente, desplazaban al traje de beisbol. ¿Cómo comparar mis arreos deportivos con aquel suntuoso vestido de príncipe azul, de Bayardo con muchas tachas, de poeta de los pinceles, de seductor de las bellas? En un momento dado sentí infinita vergüen-

za de llevar letras y números en el pecho o la espalda. Aquel hombre tenía una mirada dulce, como si compadeciese con ella a toda la humanidad. El podía —como lo dijo después— "ofrecer flores sin cortarlas vivas". Mi mundo de polvo y arrastrones, de carreras y leñazos, repentinamente me pareció primitivo y bárbaro. ¿Cómo compararlo con el mundo del color y de la línea en donde reinaba aquel hombre?

—Cuando ya estaba decidido a hablarle, a decirle que ya, desde ese momento, era un nuevo cofrade de su nobilísima profesión, el maldito tlapalero me hizo una de las suyas. Me sujetó con todas sus fuerzas — las mismas con las que movía costales de cal o cajas de clavos— y no me soltó. Yo comencé suplicando y pasé a la amenaza. Grité de rabia y de dolor. Mi ídolo había salido por donde había entrado y se me iba sin que yo le dijese nada y eso no podía ser. Yo hubiera querido rendirle un pequeño homenaje; hubiera querido licuarme en admiración y hasta quizá, en el fondo de mí mismo, le hubiese demandado un consejo, uno de vocación, uno de guía. Pero el tlapalero, riendo demoniacamente, pudo más que yo. Cuando calculó que el otro había desaparecido... me soltó. Salí disparado. Interrogué a las distancias y pregunté a las esquinas. ¡Nada! Aquella "divina aparición" había desaparecido sin que yo hubiera podido recibir sus revelaciones. Pero su sola vista me volvió a mis dibujos, a mis papeles. En casa tenía un pequeño estudio y a él volví con mayor decisión que nunca. Los bates comenzaron a empolvarse y las bolas a descoserse. Yo era un niño más, que me dedicaba a hacer dibujos de niño prodigio.

—¡Pinturas de niños! Siempre que las recuerdo traigo a la memoria el decidido odio que José Clemente Orozco sentía por ellas sacando por conclusión que no es verdad que, por lo que hace, el niño ya esté mostrando su inclinación... artística. Entre más retrasado mental es un niño, es él quien hace los mejores dibujos, los más interesantes, los más bonitos. El niño malicioso tiene un concepto crítico mayor pero no lo puede realizar.

—Con el mismo Olaguibel de los dibujos infantiles, al término de la Decena Trágica me encontraba parado en la calle de las Artes en el mismo momento en que desfilaba un grupo de gentes que, a voz en cuello, gritaba: "¡Abajo la Nueva Era!". El grupo tenía todo el aspecto de la gente pobre de la ciudad ya que, entre ellos, no se veía ninguno de los "catrines" de los que la ciudad de México estaba llena.

—Yo andaba por los 17 años y comenzaba a adquirir ideas políticas, pero era maderista debido a la influencia de mi hermana Luz, quien era ferviente partidaria de la causa del Apóstol de la Democracia. —Yo pensé que, por ser de pobres, aquella manifestación era maderista. Con un impulso juvenil inmediatamente empecé a gritar e hice que Juan, como yo, gritase "¡Abajo la Nueva Era!". A las voces unimos los pasos y nos formamos en la vanguardia de la manifestación. Siguiendo por Artes arribamos a Artículo 123 —como se llama actualmente— y luego la multitud se colocó frente a una esquina, en uno de cuyos lados se leía "La Nueva", mientras que en el otro se encontraba "Era". Los manifestantes, pasando a la acción, comenzaron a lanzar pedradas sobre las ventanas del edificio. Los vidrios caían rotos y los gritos, los ruidos, las protestas y las amenazas, obraban en mi ánimo con gran decisión. Pronto llegó un individuo trayendo botes de gasolina y después comenzaron a volar por los aires las estopas encendidas. Ni qué decir que Juan y yo éramos los combatientes más enérgicos en aquella singular batalla. Antiguo beisbolista, donde ponía el ojo ponía la piedra.

—El edificio comenzó a arder y del mismo surgieron tremendas llamaradas. De los edificios vecinos las gentes comenzaron a salir corriendo. La visión era

muy plástica: llamas saliendo por las ventanas, humo espeso y negro, vidrios rotos y la gente esperando... que todo acabase en cenizas. Yo me fui de allí antes que eso sucediese.

—Cuando llegué a casa papá y hermana cenaban. Desde la puerta y empleando mi voz más ronca y solemne, quise deslumbrar a la familia y con la convicción de aquel que ha hecho una hazaña digna de pasar a la historia dije:

—¡A que no saben de dónde vengo!

—¿De dónde? —gritó mi hermana un poco angustiada.

—Vengo de incendiar "La Nueva Era" —terminé, con el mismo tono con que Julio César había anunciado a su familia el paso del Rubicón.

—Entonces mi hermana Luz, movida como por tremendo resorte, se levantó de su asiento y, con auténtica furia griega, echó mano de vasos, platos y fuentes, dirigidos todos a mi cabeza. La pobre lloraba a lágrima viva y entre sollozo e hipo decía: "Estúpido: ¿Qué has hecho? 'La Nueva Era' es el periódico del señor Madero, ¡la vas a pagar!"

—La pintura mexicana ha hecho pintores y luchadores porque el impulso colectivo que denominamos Movimiento Pictórico Mexicano Contemporáneo es indudablemente excepcional en la historia política del mundo. En ninguna parte y en ninguna época se ha podido desarrollar un impulso similar a éste; un impulso ligado concreta y específicamente, inclusive de manera cronológica, a una revolución política de trascendencia social, tal como aconteció en México, a partir de 1906, paralelamente con el surgimiento objetivo de la Revolución Mexicana, al producirse la huelga de Cananea en 1906, y un poco después la de Río Blanco, en 1907.

—A fines de 1936 yo tenía en Nueva York un taller experimental que posteriormente fue llamado Si-queiros Experimental Work Shop, del que era miembro el notable pintor norteamericano Jackson Pollock. Por aquel tiempo arribaron a la ciudad el poeta Rafael Alberti y su esposa, la escritora María Teresa León.

—Estos dos grandes escritores consideraron que mis experiencias técnicas en el referido taller, deberían ser llevadas a la España Republicana, empeñada en la guerra contra el nazifascismo. Tales experiencias se dirigían a los métodos de multirreproducción: de extrarrápida ejecución de retratos monumentales de héroes políticos, de ensayos de ampliación gigantesca de fotografías mediante el uso de proyectores eléctricos; esténciles; pinturas de rápido secamiento; nuevas posibilidades en la policromía, etc. Mis amigos pensaron que tales métodos deberían ser conocidos y utilizados por el pueblo español en su lucha contra Franco y me propusieron que fuese a España y me encargase de un gran taller para el caso, con otros anexos en diferentes partes del país. Acepté gustoso y con la mayor rapidez posible me trasladé a la península ibérica en enero de 1937.

—Ya en España, y precisamente en Valencia y Madrid, di conferencias sobre la técnica de la publicidad necesaria a las actividades diarias de un pueblo en armas, pláticas que interesaron enormemente y las que, creo, contribuyeron al desarrollo del extraordinario y magnífico cartelismo que se produjo meses después.

—Sin embargo, una circunstancia, que podríamos llamar romántica, intervino en el asunto. Un fuerte núcleo de militares mexicanos, muchos de ellos que habían sido compañeros míos en el Ejército de la

Revolución Mexicana —como el coronel Juan B. Gómez y el capitán Félix Guerrero Mejía—, habían tenido previos contactos en el país. Me hicieron una censura incisiva que operó en mí en forma determinante:

—¿Cómo es que tú, oficial del Ejército del Noroeste en la Revolución Mexicana, miembro del Estado Mayor del general Diéguez, has venido a España para trabajar exclusivamente en cuestiones de arte?

—Yo medité y pensé que tenían toda la razón.

—En México yo había alcanzado el grado de capitán segundo y en España se daba a los mexicanos un grado más del que habíamos tenido en nuestro país.

—Fue así como en pocas horas me incorporé al Ejército Republicano Español, con el grado de comandante. Primero estuve en el frente de Madrid, adscrito al Quinto Regimiento, y en las operaciones de La Marañosa y El Pingarrón; fui oficial de órdenes de los comandantes Modesto y Lister y con ese carácter mandé, accidentalmente, una unidad de tanques.

—Yo calculo que fueron más de 300 los oficiales mexicanos que participaron. Había muchachos del Colegio Militar y aviadores. Muchos mexicanos estuvieron incorporados a brigadas no españolas, debido a la necesidad de solucionar problemas técnicos militares imperiosos.

—Todos estos datos —aparte de los documentos que se retranscriben textualmente— naturalmente son dichos de memoria, ya que dentro de la Cárcel Preventiva donde me encuentro, no tengo el material de consulta a mi disposición, por más que en mi archivo figuren miles de documentos relativos a la Guerra Civil Española en la que muchos mexicanos participaron.

Nacido en 1896 en la ciudad de Chihuahua, murió en 1974 en Cuernavaca, Morelos. Estudió en la Academia de San Carlos (1910-1911), pero muy pronto se enroló en las filas revolucionarias, a las órdenes del general Manuel M. Diéguez. Viajó a España en 1921, donde conoció a Diego Rivera. Pintó su primer mural en la Escuela Nacional Preparatoria en 1922. Fue director del periódico comunista *El Mochete*. Viaja exiliado en 1932 a la ciudad de Los Angeles, donde continúa su trabajo mural. Viaja a Argentina y vuelve a México, en 1934. Vuelve a España, durante la guerra civil, y combate durante tres años con el grado de teniente coronel. De regreso en México, hace más murales (Sindicato Mexicano de Electricistas) y participa en el primer atentado contra León Trotsky. Comienza a experimentar con materiales sintéticos, como la piroxilita. Pinta tres enormes paneles en el edificio de Bellas Artes, y publica su polémico manifiesto "No hay más ruta que la nuestra", que sustentaría la iconografía muralística de la llamada Escuela Mexicana de Pintura. Combina su labor de caballete con los murales (Hospital de la Raza, Rectoría de la Ciudad Universitaria, Centro Médico). En 1959 es encarcelado, culpable del delito de disolución social. Es liberado hasta 1964, y comienza su magna obra *La marcha de la humanidad* en el Polyforum del Hotel de México. Recibió el Premio Lenin de la Paz en 1967, y en 1968 el Nacional de Artes, de México. Junto con Orozco y Rivera, es considerado parte de "los tres grandes" de la pintura mexicana.





**P**rimero hubo un titubeo. ¿Dónde sería la plática: en una oficina de la planta alta, en un sillón, en qué lugar se ubicaba la grabadora, en qué porción exacta del asiento nos acomodariamos? El pintor Juan Soriano, jalisciense de 60 años, no parece un hombre capaz de facilitar esos prolegómenos vacilantes de toda entrevista. Sus gestos, su sonrisa, los ojos grises, daban una sensación simultánea de franqueza y timidez, de querer alejarse huidizamente de esa ceremonia y al mismo tiempo, ya en ella, de afrontarla con cierta firmeza interior. Esto último, en definitiva, facilitó con rapidez nuestra propuesta de diálogo.

—¿Cuántos años hace que estás en Francia?

—Mira, hace cinco años. Estuve antes otros seis en Italia y ocho, en total, sin venir a México.

—¿En qué momento te fuiste?

—Debo de haberme ido a fines del 69.

—¿Por qué decidiste instalarte en Italia?

—Me fui porque estaba muy deprimido y me sentía mal, no tenía ganas de nada, y un amigo mío me regaló un boleto y me dijo: "Vete, aunque sea por unos días". Así me fui, pero sin ningún deseo, no tenía ninguna gana de ir a Italia porque ya había estado allí muchas veces. Este amigo es un refugiado español, Diego de Meza. El pobre me invitó porque

yo estaba muy mal y por fin llegué y me quedé seis años, pero durante cuatro de ellos estuve muy muy deprimido.

—¿Cómo fue tu encuentro con la pintura italiana?

—Pues hay muchos pintores que me gustan muchísimo pero no son muy conocidos aquí en México, por ejemplo Rosay o Morandi. Últimamente vi cuadros muy hermosos de italianos en la exposición de arte neorrealista que hicieron en el Centro Pompidou, que causó muchas disputas y escándalos. Se decían las locuras que dicen todos los críticos actualmente, o la mayoría, porque creen que al arte se lo puede dirigir.

—¿Qué piensas tú de la función de la crítica y de la función de la pintura?

—Yo creo que un crítico honesto debe solamente hablar de los cuadros que le gustan y no tratar de hacer una teoría a su manera de lo que tiene que ser el arte. Eso, primero es impertinente y luego es una locura, porque ni el mismo pintor sabe cuándo va a ser gran pintor ni qué va a hacer. Arte es el don de la expresión del hombre; esto es lo que tiene de común en todas las culturas y por eso lo entendemos.

—Vamos a pasar a tu pintura...

—¿A la mía? Yo no estoy seguro de que hago pintura, a lo mejor soy como esos fracasados pintores que crítico.

—¿En qué año empiezas a pintar profesionalmente?

—En el año 34, tenía 14 años. Hice algunos cuadros para una primera exposición con un grupo de gente de Guadalajara, donde nací. Me parecían tan maravillosos los pintores que yo admiraba entonces, eran muchísimos. Tuve la suerte de conocer desde muy chico a un anticuario muy amigo de Luis Barragán y de un grupo de gente muy interesante, ahí en Guadalajara, que se llamaba Chucho Reyes, quien me dejaba ver los cuadernos de arte más maravillosos, porque tenía la manía de encargar todo eso a Francia.

—Entonces, yo ahí me hice una cultura artística, claro que de estampas ¿no?, de fotografías. Conocía todas las cosas chinas, japonesas, griegas, las cuevas de Altamira, todo lo que se publicaba de arte lo conocía muy bien. Desde muy chico tenía bastante cultura en ese sentido, más que cultura literaria. Luego compré unos colores y, con un señor que tenía un pequeño grupo de jóvenes que él dirigía, y que se llamaba Grupo Evolución, empecé a pintar.

### TRES VISITANTES PROFÉTICOS

—En aquella primera exposición del 34, ¿hubo algún pintor conocido ahora que compartiera contigo la muestra?

—No, todos se quedaron ahí, yo hasta he olvidado los nombres. Pero tuve la suerte de que fueran a Guadalajara en esos días Chávez Morado, María Izquierdo y Lola Álvarez Bravo. El día que fueron a la muestra a mí me tocó cuidar allí. Llegaron, se pararon frente a un cuadro mío y me preguntaron de quién era. Y les dije: "Es mío". Entonces hicimos amistad y por eso luego vine a México. A finales del mismo año, fue en el 35 o principios del 36, llegué aquí. Ellos me aconsejaron que tomara clases en una escuela nocturna, para que me dieran un papel y me pudieran conseguir un trabajo como profesor.

—Y aquí, ¿dónde hiciste tu primera exposición?

—Bueno, la primera vez que aparecí fue en una exposición que organizó la LEAR. Me pidieron dos cuadros y tuve muy buena prensa. Pero me asusté, me asusté tanto... Mira, esto debe de haber sido en el año 36 ó 37, y hasta el año 42 no hice ninguna otra aparición en público.

—¿Cómo era tu pintura entonces?

—¿Ves? —el pintor enseña un catálogo—, esto hacía yo en el año 34 —y señala un retrato muy realista.

—¿Cómo sientes esta pintura ahora, después de tantos años?

—Pues —sonríe Soriano—, como la pintura de un joven, de un joven de Guadalajara.

—¿Cómo definirías tu trayectoria, porque después hubo un periodo abstracto en los 50, verdad?

—Un día dije: "Yo voy a hacer cosas abstractas porque ha de ser muy divertido", y empecé a leer sobre la pintura zen. ¿Sabes?, a mí me da por eso: quiero hacer un caballo y estudio qué es el caballo, de dónde salió, dónde nació, y luego quizás no lo hago. Y así dije: "Bueno, de dónde viene eso de lo abstracto, qué es". Empecé a ver que en Grecia hubo un momento abstracto o geométrico, todas esas

# LAS TRAMPAS DEL ARTE

por LELIA DRIBEN / junio de 1981

cosas ¿no? Y estudié mucho la pintura zen porque ahí hay mucho del gesto, estudias años y años para hacer una cosa así—y dibuja una línea imaginaria en el aire—, y la comencé a hacer y me divertía mucho. Hice cuadros que tenían mucho éxito y todos los jóvenes de aquí, que no se atrevían entonces a trabajar nada de eso, también empezaron a hacerlo.

—Luego pasó más tiempo y reaparecieron, progresivamente, las figuras que yo trataba de disfrazar, y dije: “Bueno, estoy loco ¿no? ¿Para qué hago este esfuerzo si no es mi camino?”, y lo dejé.

—*O sea que tu camino era dentro de una figuración muy simplificada.*

—Yo no lo veo ni simplificado ni nada, lo veo como que es muy necesario para mí referirme a los pájaros, a las plantas, a las mujeres, a todo lo que me rodea, y lo uso no sé por qué. Nunca sé por qué pinto un gato, o un pescado o las nubes con aviones y pájaros. No sé. Pero yo siempre me refiero a algo que he visto, que he oído, que me ha impresionado.

—*La sensación, entonces, es importante para ti.*

—Y la poesía también fue muy importante. Me acuerdo que pinté una niña muerta y todo el tiempo tenía en la cabeza unos versos de Alberti. Creo que decían: “unos labios parados donde beber”. Eso, oye, me gustaba tanto y yo dibujaba los labios parados donde beber. Imagínate, no tiene nada que ver pero esas cosas se me quedaban, yo quería dar como otra versión de eso.

—*¿Y por qué la Estética de Benedetto Croce en alguno de los cuadros?*

—Porque, fíjate, cuando me dio la depresión Croce me salvó de ella. Comencé a leer fragmentos suyos que me parecían maravillosos. Es un hombre que escribe con una belleza de expresión, una simplicidad que tú crees que entiendes todo y no has entendido ni la mitad. Yo pienso que es uno de los grandes genios de esta época.

—Entonces leía la *Estética* porque tenía muchos problemas con mi trabajo. No sabía si era pintor, no me gustaba, veía todas las corrientes nuevas y nada de eso me interesaba; me parecía algo aburrido, repetitivo, veía cómo alrededor todo el mundo se empobrecía, toda la gente dudaba de que pudiera expresar algo, se empezaba la anti-novela, la anti-memoria, la anti-pintura, el conceptualismo. Así me entró una tristeza y me decía: “¿Para qué pinto?”. Pintaba porque no podía dejar de hacerlo. Fue cuando tuve la depresión: busqué y busqué, primero leí libros sobre historia de Roma, y luego empecé por la *Estética* de Croce y, oye, fue como una revelación. De pronto supe qué era el arte en la vida del hombre, y luego leí a Vico.

—*¿Esto en qué año sucedió?*

—Hace más o menos diez años. El amigo que me hospedaba se reía de mí. Entonces leo, leo, leo. Primero estética y luego pasé a otras cosas, a la política, porque eso también me obsesionaba: la política y el arte político en México.

—*Hablando del arte político, ¿tú crees que la polémica del muralismo sigue vigente?*

—Yo creo que nunca fue vigente. Ellos hicieron obras muy hermosas, a pesar de las preceptivas. Te voy a poner un ejemplo muy fácil ¿no?: uno no puede

rezarle a una obra de arte. Uno hace siempre política y yo estoy haciéndola cuando hablo contigo, y tú, todos hacemos política. Pero no podemos hacer que una novela, que un cuadro, que un poema sirvan, porque entonces se hace más chiquito, se vuelve un medio práctico para convencer a la gente, o sea, degradas la poesía a retórica.

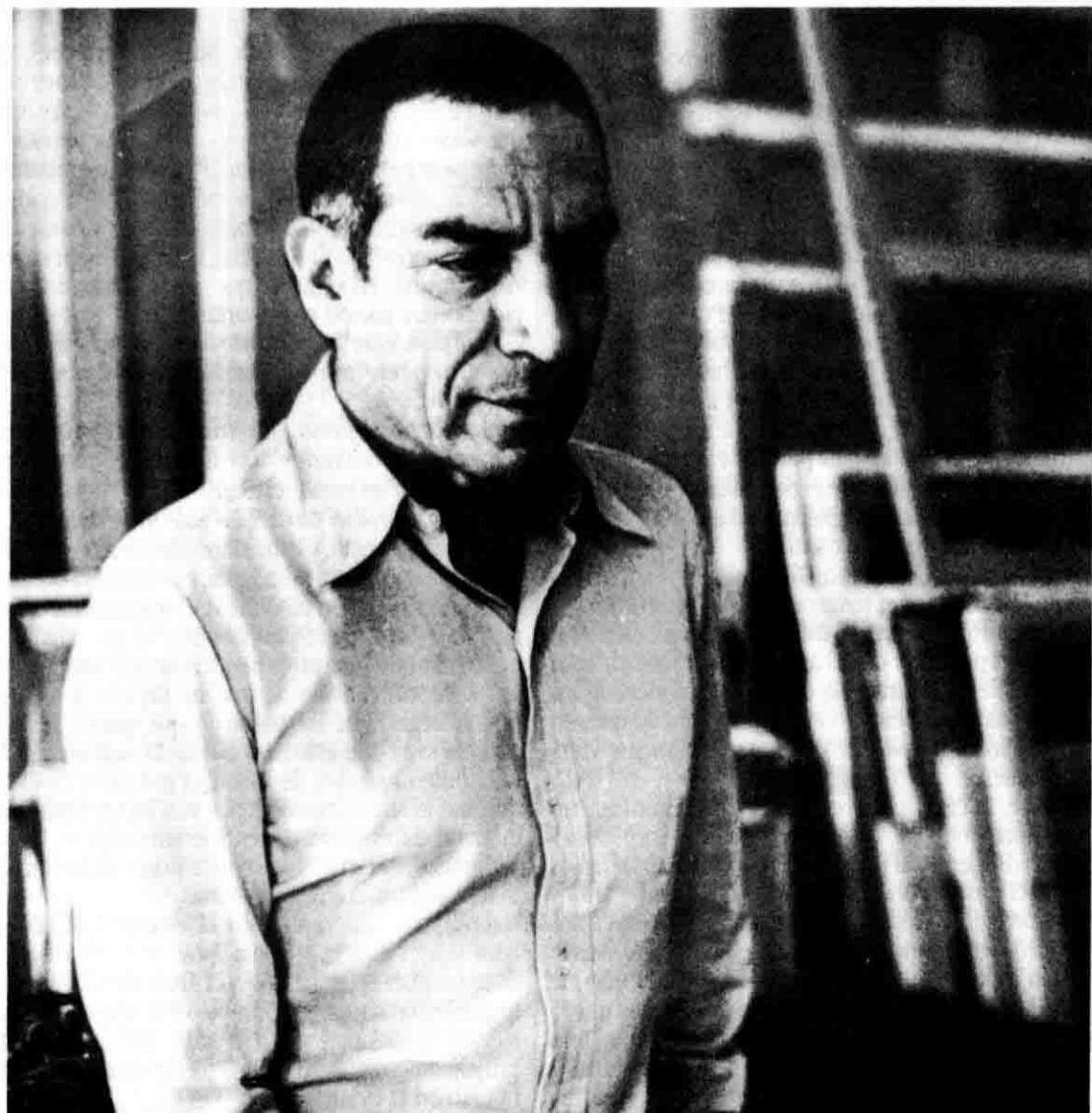
—*Y degradas la pintura a mala pintura.*

—Ahora, como eran muy grandes les pasaba lo que a los pintores religiosos: que no eran religiosos, que trascendieron a su tiempo y sus circunstancias e hicieron a veces grandes obras.

—*¿Tú crees que Siqueiros está al mismo nivel que Rivera y Orozco?*

—Yo creo que algunos cuadros de Siqueiros son maravillosos, igual que de Rivera no todo me gusta. Hay algunos cuadros de caballete que recuerdo de Siqueiros, uno que se llama “Visita a la prisión”; es muy conmovedor: hay un hombre con una mujer y una niña, un cuadro preciosísimo. Lo que perturbó a Siqueiros es que la suya era un alma romántica, muy apasionada, y él la canalizó por el lado de la política y destruyó su fuente de inspiración.

Guadalajara 1934: un muchacho de 14 años expone sus primeros cuadros. Gatos, peces, pájaros que empezaron a poblar los lienzos. “Unos labios parados donde beber”, frase de Rafael Alberti que lo trastornó. Años de tristeza y depresión, cuando surgió la pregunta: “¿Para qué pinto?” La poesía no es retórica. El papel del arte en la vida del hombre



Uno de los pintores mexicanos que renovó la plástica mexicana en los años cincuenta. Nacido en la ciudad de Guadalajara, sus conocimientos pictóricos los obtuvo de manera autodidacta. En plena juventud, de 1936 a 1938, fue miembro de la Liga de Escritores y artistas Revolucionarios. En 1941 realiza su primera exposición individual en una sala de la UNAM. Durante cuatro años, de 1951 a 1955, vive y expone en diversas ciudades de Italia; posteriormente regresa a México. En reconocimiento a sus méritos, en 1985 el Instituto Nacional de las Bellas Artes le rinde un homenaje, con una exposición retrospectiva de su obra. En 1987 obtiene los premios Nacionales de Artes, y de Jalisco.

# HORIZONTES INALCANZABLES

por RAMÓN MÁRQUEZ / enero de 1985

Crónicas "del plomo ardiente", cuando el periodismo era más que heroico. "He llegado a donde quería llegar". Un aventurero de doce años que abandonó el hogar. Adiós al sueño de la tauromaquia. *Un cuento diario*, la primer tribuna. Bueno para "nada". Tripulante de la mítica "redacción fantasma". Director de un vespertino... a los 22 años. Toros y bikinis



**a** qué estamos— dice el reportero. Abre la charla con una sonrisa:  
—El reportero ante el escritor.  
—Estás equivocado —responde. Esta es una conversación entre dos reporteros.  
Y recurre a la anécdota:

—Hace poco, ¿sabes?, se me acercó el director de un periódico y me propuso pagarme una muy buena suma a cambio de entregarle una colaboración semanal. ¿Cómo?, le pregunté. Por motivos de trabajo estoy temporalmente retirado, pero yo soy reportero, siempre lo he sido. Me hice en un diario. Soy soldado de diario. Del que va a la batalla cada día y cada día ve el resultado de su combate: el triunfo o el fracaso. No he perdido esa vibración, esa emoción que te produce el periodismo. Divina. Casi orgásmica. El día que la pierdes estás muerto. Quiere decir que no tienes vocación.

Va y viene la charla con Luis Spota.

El periodismo es el tema central. Y la conversación es tan informal como él mismo se presenta a la cita: viste un pantalón de gabardina azul, camisa blanca y un suéter de intenso color rojo. Modernos los anteojos. Bien peinado el delgado cabello que, en aquel corte a la *brush*, le hizo tan fácilmente identificable.

No hay necesidad de hacer muchas preguntas a un hombre que dice, con orgullo, haber cumplido 45 años de ejercer el periodismo profesional. Digamos que él mismo conduce su entrevista. Se pregunta y se contesta. El reportero, por ahora, sólo anota. Así:

—La óptica a través de la cual observas y estudias la vida, cambia inevitablemente. Y eso es lo que me está pasando. Llega un momento en que las prioridades no son ni el dinero ni la fama. Son algo más importante: el tratar de quedar, el tratar de dejar una buena página, el tratar de justificarte a ti mismo

por qué pasaste por la vida. Dinero, ¿para qué?, si tienes cubiertas tus necesidades mínimas, tienes un empleo —y yo lo tengo en este caso, con mis traducciones, con la televisión y con mi propio trabajo— que te permite vivir de acuerdo con tu estándar de vida... No aspiro a más. No necesito probar nada. Lo que tenía que probar lo he hecho a lo largo de 45 años de periodista profesional. Entonces, tienes que concentrarte en aquello que estás haciendo; en aquello que para ti es importante.

—¿Qué puede ser importante para un hombre que prácticamente lo ha logrado todo? —interrumpe el reportero.

—Has logrado fama, un nivel de vida que te permite comodidades; has logrado el reconocimiento casi general, eres un hombre brillante. ¿Qué es prioridad para ti en este momento?

—En este momento, y lo ha sido siempre, convencerme yo mismo de que esa fama, ese brillo, todo eso que mencionas, son auténticos. Convencerme a mí mismo de que efectivamente soy lo que algunos piensan, y no lo que otros piensan negativamente de mí. Estar convencido de que he llegado a donde quería llegar, que he hecho lo que quería hacer, aunque sepa que esto será difícil. Es una meta, un horizonte imposible de alcanzar, porque a medida que más avanzas, a medida que más sabes, a medida que más experiencia tienes, ese horizonte se te va retirando. ¿Por qué?... Porque te pones más dificultades, más trabas. Te exiges más.

Habría, pues, que replantear la escena: a los doce años —fines de 1937—, Luis Spota se va de casa. Poco después se embarcó en el Anáhuac, un barquito que hacía cabotaje de Tampico a Progreso, Puerto México y algunos puertos más. Llevaba vacas, principalmente. Pero el incipiente marinero fue botado en el primer viaje.

—Me botaron en Progreso —recuerdo—. Y ahí conocí lo que es el hambre y pedir. Pedirlo todo. Comía plátanos podridos en el mercado de Mérida. Y ese fue mi alimento, también, cuando llegué a Villahermosa.

Haciendo trampa, dice, pudo regresar a México. Y fue a casa. No quiso volver a la escuela —llegó hasta primero de secundaria, grado escolar que no culminó, en la secundaria número siete— y sus padres le dijeron: "Ya no quieres estudiar ni vivir en la casa, ¿no? Ya te consideras muy independiente. Muy bien: ahora tienes que pagar diez pesos a la semana para ropa, comida y techo".

Y se acabó el sueño infantil de ser torero. Ese sueño que compartió con aquellos chiquillos, sus amigos de la colonia San Rafael. Entre ellos "un niño llamado Rafael Rodríguez y un jovencito llamado Manuel Capetillo". Así que entró como *garrotero* —el que recoge los platos sucios en un restaurante— en la farmacia Regis.

—Con mi sueldo y con lo de las propinas apenas me alcanzaba. Así que me completaba, por las mañanas o por las tardes, dependiendo del turno en la farmacia, vendiendo, como las *marías* de ahora, hojas de rasurar en San Juan de Letrán. Salía en 25 centavos el paquetito de tres hojas, fíjate, qué tiempos aquellos. Pero, al mismo tiempo, y como desde niño me gustaba escribir, pues escribía cuentecitos y chacharitas de esas y mandaba colaboraciones. Y se publicaron uno o dos cuentecitos en una sección que se llamaba *Un cuento diario* que publicaba *El Universal Gráfico*. Fue en 1937, 38.

—Yo lo leía todo —dice el escritor—. Así que un día me enteré de que en la revista *Hoy* le habían dado oportunidad a un joven reportero. Y me decidí. Si había posibilidades para él, ¿por qué no para mí?

—Entonces averigué dónde estaba, en Vallarta uno, segundo piso, y me le presenté a un señor flaquito, nervioso, que era don Regino Hernández Llergo. Me miró casi con curiosidad y me dijo:

—¿Y usted que quiere?

—Ser periodista

—¿Y qué sabe hacer?

—Nada.

—Ah, bueno... Entonces quédese. Ya aprenderá.

—Y me quedé. Me adscribió a Edmundo Valadés, y una semana más tarde a don Gregorio Ruiz. Mi primera entrevista fue la última que se le hizo en México a Francisco Sarabia, el piloto. Con lo que gané me compré el primer traje completo de mi vida. Un traje de casimir de lo más fino. Imagínate: 60 pesotes.

No fue ése, sin embargo, su primer salario como periodista. Éste, paradójicamente, fue el resultado de un trabajo como fotógrafo.

—Siempre me gustó mucho la fotografía —explica Spota—. En 1940, con 15 pesos que me prestó mi madre, compré en Foto Rudy mi primera cámara. La conservo como nueva.

—Como fotógrafo era también muy inquieto. Iba a los ensayos de la Sinfónica Nacional y tomaba fotos, ahí, metido entre los músicos. Y me hice muy amigo de un genio: el maestro Enrique Luyando, que era el percusionista de la Sinfónica. Monstruoso tipo. Un hombre así, extraordinario. Un día le tomé un par



DE INQUISITIVA mirada, el conductor del programa de televisión *La hora 25* en 1981, y en el lobby del Hotel Prado, en 1963

Escritor y periodista nacido en 1925 y muerto en 1985, en el Distrito Federal. Se inició como fotógrafo de la revista *Hoy*, y luego pasó como reportero al periódico *Excélsior*. En 1945, a los 22 años de edad, fue designado como director de la segunda edición de *Últimas Noticias*. Fue fundador de la Dirección de Educación Audiovisual de la SEP; director del suplemento *El Heraldillo Cultural* y de la revista *Espejo*. Colaboró en *Hoy*, *Mañana*, *El Heraldillo de México*, *Esto*, *Así*, *Revista de América*, *Política* y *Novedades*. Condujo los programas de televisión *La hora 25* y *Fuera de serie*, y dirigió las películas *Nadie muere dos veces* (1952), *Amor en cuatro tiempos* (1954) y *Con el dedo en el gatillo* (1958). Es autor de una veintena de novelas, entre ellas: *El coronel fue echado al mar* (1947), que le valió el primer lugar del Concurso Nacional de Literatura; *Murieron a mitad del río* (1948); *Más carnadas da el hambre* (1950), ganadora del Premio Ciudad de México; *Las grandes aguas* (1954), llevada al cine; *La carcajada del gato* (1964), *Lo de antes* (1981) y *Mitad oscura* (1982). Fue presidente de la Comisión de Box y Lucha del D.F., y presidente fundador del Consejo Mundial de Boxeo.

de rollos y los publiqué en la revista *Estampa*, que se hacía frente a *Excélsior* y que era dirigida por don Adrián Vilalta. Era 1941. *Estampa* era, originalmente, una revista española muy buena. Se intentó editarla en México. Y en ella se publicaron las fotografías, acompañadas de una entrada mía. Don Rodrigo de Llano —entonces director de *Excélsior*— la leyó en la peluquería y dijo: "Busquen a este tal Spota". Hablaron al teléfono de mi padre, que se llamaba igual que yo, y cuyo nombre estaba en el directorio, y me dejaron un recado: que me presentara de inmediato con el director. Así que de inmediato lo hice. Pero no me recibió. A nadie parecía interesarle aquel joven que decía llamarse Luis Spota, y que cada mañana estaba allí, esperando que don Rodrigo de Llano lo recibiera.

—Un día, oí que le dijo a doña Petrita —... ¿te acuerdas de doña Petrita, la famosa *office girl*?—; le dijo: "¿Y qué diablos pasó con ese Luis Spota, que no lo han buscado?".

Me levanté de inmediato y le dije:

—Yo soy, señor.

Me vio de arriba a abajo con su gesto adusto.

—Bueno, ¿quiere trabajar aquí?

—Sí, señor.

—Bueno, le vamos a dar una oportunidad. Vamos a formar una redacción fantasma...

Fue la famosa redacción fantasma, de la que Spota

recuerda principalmente «a grandes periodistas, como Carlos Venegas, como el señor Sandoval, como Concha Villarreal, como Pepe Rojas. Y se me adscribió con don Manuel Becerra Acosta. Don Manuel Becerra Acosta me adoptó y me enseñó. Y fue lo mejor que me pudo haber pasado en la vida... La ruta estaba, ya, claramente marcada... Escapa, en la charla, la ironía de Luis Spota: —En mis tiempos de reportero había real competencia. Había que conseguir datos, que traer la exclusiva. No —enfatisa—: no había boletines. Todavía no se inventaban.

—Un día —dice Spota—, el 5 de enero de 1947... Recuerdo que era un domingo. Eran ya casi las doce de la noche. Me llamó don Manuel y, como siempre que lo hacía, se te paralizaba el corazón. «Me va a poner como dado», tenías que decir, y llegar preparado, así, al encuentro con aquel hombre que te helaba con su fría mirada en esos ojos verdes. Me acerqué y de su escritorio comenzó a sacar un montón de papeles, y me los aventó. Gruñó: «Le quiero decir que en la asamblea del viernes lo propuse, y me costó trabajo, pero se decidió que usted fuera el director de *Últimas Noticias*»...

Seis meses después de ese nombramiento, Luis Spota cumplía 22 años.

—¿Dirigiste la primera o la segunda edición?

—La segunda, la *Extra*. La recibí en 32 mil ejempla-

res. La dejé, dos años más tarde, en 94 mil. Traté de darle un sentido de ciudad. Lo primero que hice fue dividir el periódico en secciones. Es que antes eso era un desmadre: en la página dos había una nota de política, junto a una de deportes y otra de policía. Y al lado, un pase a la página seis. Hice otra innovación: los toros, cabeza de ocho columnas, primera de primera. ¿Por qué?... Porque era *Manolete*, era Silverio, era Garza, era *Armillita*. Los días de corrida cerrábamos todo el periódico y nada más dejaba la cabeza principal y dos columnas. Oía la transmisión radiofónica y así, lance por lance, iba escribiendo la crónica. Y moría el toro, y parte de la nota estaba ya en linotipos. Al finalizar la tarde, la gente salía de la plaza a la ladrillera, a los agujeros. Imagínate: según Félix Cuevas, la Plaza México era una plaza de toros situada entre México y Acapulco. Los primeros camiones estaban en la glorieta de Insurgentes. Y hasta allí llegaba el tranvía. Así que si no tenías coche o no podías tomar un taxi, tenías que ir a pie desde la glorieta hasta la plaza. Entonces era un reto: cuando salía la gente y cuando iba bajando el puente de Insurgentes hacia México, hacia la civilización, la extra de *Noticias* ya venía subiendo con la crónica de la corrida. Y cabezotas: "Manolete: dos orejas", o "Garza: escándalo". Cabezotas de esos grandes tipos de madera que teníamos allá y que todavía existen, creo.